151

MUNDO HOSTIL

H. S. THELS



MUNDO HOSTIL

H. S. THELS

MUNDO HOSTIL

Colección **ESPACIO**

MUNDO HOSTIL

por

H. S. Thels



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B 6623 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

MUNDO HOSTIL

UNAS PALABRAS MÁS QUE NECESARIAS

Nos las hemos dado siempre de listos. Es, quizás, un vicio que forma parte consustancial con nuestra manera de ser. Porque la presunción es algo que pertenece, sola y exclusivamente, a la especie humana.

Nada importa que, deseando descargar nuestros defectos sobre los demás (otra de nuestras hermosas «cualidades»), digamos que un hombre es orgulloso como un pavo, astuto como un zorro, taimado como una serpiente o cobarde como una liebre.

Ninguno de esos pobres animales posee las características que, tan gratuitamente les hemos otorgado; son, simple y llanamente, animales. Ni más ni menos.

Desde que «descubrimos» nuestra patente superioridad sobre los seres inferiores, aplicándonos, modestamente, el título de Reyes de la Creación, nos hemos permitido todo, seguros de que nuestras leyes eran las mejores, las que únicamente podían ser justas.

Pero nuestra osadía no paró ahí.

Tenía que haber razas y colores para que el hombre, sobre todo el hombre blanco, estableciese más categorías, castas, clases, situándose — ¿cómo no? — en el pináculo de cuanto bípedo racional había sobre la Tierra.

¿Quién no ha oído hablar de «razas inferiores»?

Hoy, pasada la primera mitad del siglo XX, las cosas empiezan a arreglarse… un poquito; pero, a pesar de todo lo que se dice y proclama, el hombre de epidermis blanca sigue considerándose superior y, a veces, afortunadamente pocas, se le sube a la cabeza el color de la piel, la forma de la nariz o el color de los ojos, con el catastrófico resultado de sembrar el planeta de muerte y desolación.

¿Primitivismo general?

¡Cuánto nos gustaría aferramos a esta palabra y creer, cándidamente, que el hombre es aún un niño y que, con una sonrisa de benevolencia, hay que perdonarle esas juguetonas travesuras!

Con mucho optimismo, podríamos llegar a creer que dentro de un par de siglos, las diferencias raciales perderían esa estúpida importancia que han tenido y que aún tienen hoy. La entrada de los pueblos «primitivos» en el

concierto mundial parece indicar que empezamos a darnos cuenta de la poca importancia que el color de la piel tiene, en realidad.

Pero no nos hagamos ilusiones. No hay más que leer un poco de esa nueva literatura tan en boga, que se preocupa de la Anticipación, para darse cuenta de que una vez saldemos las viejas cuentas de las diferencias raciales… volveremos a las andadas.

¿Que por qué?

Sencillísimo.

Basta abrir uno de esos libros, en la mayoría se cumple lo que sigue, para darse cuenta de que ya empezamos a hablar — ¡y con qué fatuidad, cielo santo! — de la «conquista del espacio».

No, no nos engañemos. Porque ya nos conocemos suficientemente para leer las palabras en su verdadero sentido. «Conquista del espacio» significa «conquista» total, de mundos y habitantes que — ¡no faltaría más!— consideramos, a priori, inferiores a nosotros.

Porque ¿quién puede concebir criaturas, habitando otros planetas, que puedan compararsenos?

El hombre es el último escalón en todo cuanto ha sido hecho y nadie le apeará de su burro…, hasta que se demuestre lo contrario, hasta que reciba una lección que siempre ha merecido. Hasta que aprenda que no puede haber nada más hermoso que la humildad, la modestia…

Una humildad y una modestia perfectamente dosificadas, sin hipocresía, en la que somos maestros: una humildad basada en la realidad de nuestra pobre condición cósmica, en la relatividad de nuestra existencia; en una palabra…, en lo poquísimo que somos.

Sí, debemos estar orgullosos de muchas cosas, pero el orgullo no debe alcanzar dimensiones estúpidas, ni desbordarse y agigantarse en ese antropocentrismo que hace reír.

Ahora que, como unos pigmeos, estamos estirando el brazo para llegar al pomo de la puerta que nos permitirá entrar al espacio, hemos de ser más comedidos que nunca y estar dispuestos a aceptar la existencia de criaturas que, aunque esencialmente distintas, sean superiores a nosotros. No hace falta que esa superioridad se mida en medios materiales de destrucción, único metro con el que medimos, sino que estén por encima de nosotros, porque el Creador les haya dado una mente con menos imperfecciones que la nuestra…, cosa que muy bien han podido merecer.

Tampoco hemos de pensar que «han de tener forzosamente nuestro aspecto», archisabida deformación antropocéntrica. No nos importa el continente, sino el contenido.

Seamos hombres, en el profundo y estricto sentido que esta palabra hermosa posee. Empecemos por borrar las barreras que el color de la piel puso en nuestro planeta, antes de salir a los otros. Y, sobre todo, ¡tengamos mucho

cuidado!

Porque es posible que, de no tenerlo, nos ocurra como a la mayoría de los tripulantes de aquel fantástico «EXPLORADOR CÓSMICO».

«Un mundo no es hostil si el hombre no lo convierte en eso.»

H. S. THELS



CAPÍTULO PRIMERO



STABAN perdidos…

Ed se había dado cuenta, después del último salto en el hiperespacio, mientras los otros dormían. Ninguna de las constelaciones que rodeaban al Explorador I le era conocida. Y por mucho que repasó los planos celestes no encontró nada que les sirviese de orientación.

Se habían perdido.

Sin embargo, Nike había afirmado que los cálculos eran correctos y que el «salto hiperespacial» debía haberlos llevado a las proximidades de la Vía Láctea.

Ed Marric volvió a contemplar los grupos estrellados que le rodeaban por doquier. Ninguno de ellos era conocido, ni ofrecía la forma aproximada de los que los hombres habían estudiado.

¿Volver?

Marric se estremeció.

Sin puntos de referencia en el cosmos, sin nada en que apoyar los cálculos, la salida de aquella región desconocida era completamente imposible. Estaban irremisiblemente condenados a vagar por allí, hasta que las raciones sintéticas se acabasen, mucho antes que las pilas atómicas, que proporcionaban energía, luz y calor al astrocohete.

Aquel viaje había sido una desgracia desde el principio.

El Explorador I había salido de Estados Unidos, de la Tierra, dos años antes, con la misión de investigar el espacio, más allá de Ganimedes.

Y… ¿qué habían encontrado?

Nada.

Sistemas planetarios en formación, sin manifestación aparente de vida. Soles gigantescos, estrellas blancas, que acababan de formarse, aunque sólo hiciese diez mil millones de años, alumbrando planetas recién nacidos, hirvientes como la lava de un volcán, modificando su masa y su densidad, orientándose lentamente hacia una futura posesión de atmósfera.

Habían fotografiado, filmado y analizado, por medio de los aparatos de que el astrocohete iba dotado, toda aquella pléyade de mundos en formación. Durante dos años trabajaron arduamente, dichosos ante la idea de terminar pronto su labor y regresar a la Tierra.

Mike Cameron había hecho los cálculos del regreso, lanzando al Explorador por el canal hiperespacial a una velocidad de «2 c» [(1)].

Y de repente, cuando Ed, de guardia, había intentado encontrar el rastro luminoso conocido de las estrellas de, la Vía Láctea, descubrió que se hallaban en una extraña y desconocida parte del universo.

Era una condena de muerte.

Justamente la puerta de la cabina se abrió y Patrick Devey apareció en el umbral. Iba sonriente y con el primer cigarrillo de la mañana en los labios.

—¡Hello, Ed!

Debió notar algo en el rostro de Marric, porque, acercándose a él, preguntó:

—¿Has pasado mala noche?

—¿Noche? ¿Cuándo vas a aprender que no hay día ni noche en los viajes espaciales?

—¡Hombre! Es una costumbre que no se me quitará nunca. Para mí descansar ocho horas es equivalente de noche… Bueno, si quieres llamémosla guardia. ¿Has pasado mala guardia?

—No y sí.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos hemos extraviado.

—¿Qué quieres decir?

—Que Mike ha debido equivocarse y que hemos ido a parar a una zona del espacio que no conocemos… ni está en los mapas celestes.

—¿No estarás soñando?

—Mira tú mismo…

Patrick miró al cielo, observó las cartas de navegación, repasó los mapas, volvió a mirar al cielo…

Una palidez intensa, cubrió su rostro.

—Tienes razón… — musitó, sordamente.

Y, de repente, cuando la verdad se hizo en su mente, exclamó:

—¡Pero esto significa que no tenemos salida!

—Eso mismo he pensado yo.

—¿Entonces?

Ed se encogió de hombros.

—Hemos jugado… y hemos perdido: eso es todo.

Hubo un largo silencio; después Dewey dijo:

—Hemos de despertar a los demás.

—¿Para qué? ¿No tienen tiempo de saberlo?

—¡Pero hay que pensar algo! ¡Buscar una solución!

—No te engañes así, amigo mío. Sabes, tan bien como yo, que no hay solución. En realidad, no nos queda más que una salida…

Los ojos del otro brillaron, con un destello de loca esperanza.

—¿Cuál?—inquirió, con ansiedad visible.

—Buscar un planeta apto, por aquí…, y esperar la muerte o la vejez, que es casi lo mismo.

—¡Eso es una locura! ¿Quieres condenarnos de esta manera?

La sonrisa que apareció en el rostro de Marric, aun queriendo expresar la respuesta a la estupidez de la pregunta de su camarada, poseía un no sé qué de triste fatalismo.

—¿Yo? ¿Has perdido los estribos? Yo no hago más que ver las cosas con serenidad, sin dejarme llevar por ilusiones que no servirían de nada.

—¡Voy a llamar a los otros!

Ed permaneció allí, mirando a las desconocidas estrellas, como si desease encontrar en ellas, tal como un moderno astrólogo, la respuesta a las preguntas que su mente formulaba sin cesar.

¿Qué más se podía pedir que un planeta tranquilo donde poder terminar la vida?

¿No era mejor aquel destino que el que otros astronautas habían tenido, al fallar sus motores de impulsión, convirtiéndose en satélites de cualquier mundo y condenados a girar por una órbita cualquiera, en medio de la negrura del espacio?

Ed Marric se consideraba — y lo era — un hombre normal. «Un hombre medio», como él mismo solía decir. Todo en él estaba mesurado, medido, sin lugar a estridencias o exageraciones, como si fuese capaz de dosificar lógicamente sus pasiones y sentimientos, equilibrándolas de manera a gozar de la vida…, sin pedirle demasiado.

Por eso su carácter ecuánime podía, en aquellos momentos, vislumbrar la única salida que tenían, sin por ello dejar de sentir el pesar que aquello le producía, pero sin desmesurar algo que debía aceptarse como impuesto por el destino.

Había que saber perder.

Este era el lema de Ed Marric.

Las voces de sus compañeros le hicieron volver la cabeza hacia la puerta de la cabina de mando, por la que irrumpieron, en grupo, vociferando y deseando hablar todos a la vez.

Se precipitaron hacia los ojos de buey, manosearon los mapas, gritaron, armando un alboroto indescriptible, se contradijeron, peleándose casi. Finalmente, guardaron silencio, mirándose los unos a los otros.

—¡Menos mal! Siempre, queridos amigos, la calma sucede a la tempestad. ¿De qué os ha servido alborotaros? La situación es clara: estamos perdidos y hemos de buscar un sitio donde poder pasar el tiempo que nos quede de vida: un sitio tranquilo, apto para nosotros y en el que podamos instalarnos lo más cómodamente posible.

Tardaron unos segundos en contestar, hasta que lo hizo Dick:

—¿Es eso todo lo que puedes ofrecernos?

Ed torció el gesto.

—¡Basta! ¿Qué demonios os ocurre? ¿Es que queréis descargar toda la responsabilidad sobre mí? Después de todo, si alguien cometió un error de cálculo, ése fue Mike, el encargado de la astronavegación. Yo no he hecho más que proponer una solución…, eso es todo.

»Pero si alguno de vosotros dice o propone algo que sea mejor, estoy dispuesto a estudiar la solución y aprobarla, con todas mis fuerzas. Pero que conste que no tengo ninguna culpa en lo que ha ocurrido y que no permitiré que os dirijáis a mi como si yo fuera el autor de esta situación.

Patrick sonrió.

—Perdona, Ed, pero quizá nos hayamos dejado llevar por la preocupación. ¿Qué os parece la proposición de Marric, amigos?

—Yo creo que es la única viable — repuso Fred Garve, moviendo sus ojos saltones.

—Lo primero es orientarse — apuntó Dick Hardy, el donjuán del grupo—. Ya sabéis—agregó, sonriendo— que me importa poco la clase de planeta que escojáis, siempre que haya hermosas habitantes en él.

—¿Habitantes? —se extrañó Ed ¿Es que piensas encontrar, por este lado

del espacio, mundos habitados?

—¿Por qué no?

—Ya habéis visto lo que hemos observado en Ganimedes.

—Y eso ¿qué? — el tono de Arnold Benson era un tanto pedante, como de costumbre—. Igual puede haber mundos habitados que no haberlos. Sin necesidad de manejar el hiperespacio, podemos hacer una investigación por toda esta zona del universo. A una velocidad de «un día-luz» por hora[(2)], investigaremos una gran parte de esta galaxia. ¿Qué os parece?

Todos estuvieron de acuerdo.

Se pusieron inmediatamente al trabajo, dibujando un plano elemental de lo que les rodeaba, tomando como puntos de referencia un grupo de soles aislados, al que aplicaron la dirección de, su nuevo Norte.[(3)]

La labor les hizo olvidar, de momento, el trágico sentido de la situación en que se encontraban; pero después, cuando todos los cálculos se hicieron y el Explorador X se lanzó hacia la dirección que Mike le había impuesto, la tristeza volvió a aparecer en sus rostros, hundiéndose en un silencio que explicaba, sin necesidad de palabras, la angustia que empezaba a adueñarse de ellos.

Once grupos de planetas, correspondientes a tres Sistemas distintos, fueron profundamente analizados por los «prospectores automáticos» del Explorador I. Pero las soluciones entregadas por el cerebro electrónico, como integración de todos los detalles recogidos, dieron resultados negativos, haciendo ver a los astronautas que no eran, en modo alguno, habitables.

Después tuvieron que dar un salto de más de cien mil millones de kilómetros, atravesando una capa de asteroides que les recordó la que tantas veces habían pasado, entre Marte y Júpiter. Aquello les hizo pensar, una vez más, en la suerte horrible que el destino les había deparado.

Pero lo verdaderamente catastrófico ocurrió en el quinto día de navegación, cuando después de la zona de asteroides penetraron en un nuevo sistema que, según vieron en seguida, no poseía más que un solo planeta, iluminado por un hermoso sol, en todo semejante, por su categoría de estrella, al de la Tierra.

Estaban comiendo y Mike acababa de levantarse para echar una ojeada a los aparatos de control, ya que tenía puesto en marcha el piloto automático.

Ed le vio levantarse de la mesa, acariciándose la extensa calva, como solía hacer frecuentemente, saliendo después de la amplia cabina que les servía de comedor.

Apenas habían transcurrido cinco minutos que Cameron había desaparecido, cuando volvió, pálido como el papel, con una indecible expresión de horror en los ojos.

—¡Se ha fundido el transformador de energía!

La sorpresa fue tan grande, que todos se levantaron, al unísono, sin

atreverse a decir nada. La noticia era tan grave, que igual hubiese sido que Mike dijese que el astrocohete acababa de partirse en dos.

En efecto, el transformador de energía, que en realidad era un conductor complicado, que servía para aprovechar la fuerza explosiva de los cohetes, ordenando la energía, era el alma de la astronave, y su pérdida significaba que el astrocohete no recibía el impulso que le proporcionaban las pilas, que habían quedado completamente desconectadas del motor.

No podían, por otra parte, soñar en reparar aquello, ya que, al fundirse, las piezas del delicado mecanismo habían desaparecido y no poseían nada que pudiese sustituirlas.

Poquísimas veces habían oído hablar de una avería tan fatal, ya que el transformador de energía era a la vez que la parte más delicada del astrocohete, la mejor fabricada, a prueba de cualquier cambio brusco de temperatura y ofreciendo una total resistencia a los miles de grados que originaba el generador de energía atómica.

¿Cómo había podido fundirse?

Sobraban ya las respuestas, puesto que era completamente inútil hasta preguntar los motivos de lo ocurrido.

Silenciosamente, Ed, que, como siempre, era el más ecuánime, salió del comedor, dirigiéndose a la sala de aparatos.

Todos le siguieron en silencio.

Una vez en la cabina de mando, Marric observó la deriva del astrocohete, estudiando detalladamente su trayectoria; después, mirando a los otros, dijo:

—No tenemos salvación. Vamos de cabeza a ese planeta.

A la velocidad que la astronave se desplazaba, la sola fricción con la atmósfera del planeta, por muy tenue que ésta fuese, provocaría una elevación tan tremenda de la temperatura que la astronave se fundiría por completo.

Después de todo, la muerte sería tan rápida…

Dick cerró los puños.

Su hermoso rostro expresaba un pánico indescriptible y, al mismo tiempo, la sorda rabia que le comunicaba la impotencia de la situación en que se hallaban.

—¡No hay derecho! —exclamó.

Pero nadie se hizo eco de aquellas palabras que, como cualquier otra, no servirían ya para nada.

Más práctico, Marric miró a Cameron, cuya calva brillaba por el efecto del sudor que la cubría.

—¿No podríamos poner en marcha los cohetes auxiliares antes de llegar a la atmósfera de ese planeta? inquirió.

—¿Qué adelantaríamos?

—Frenar un poco la velocidad del Explorador.

Mike se dirigió al cerebro electrónico, planteándole unos cálculos complejos que la máquina no tardó en resolver.

Con la tarjeta perforada en la mano, Cameron se acercó a Ed.

—Con todos los cohetes auxiliares — dijo—, puedo lograr que perdamos un impulso de doce mil kilómetros por segundo.

Ed se encogió tristemente de hombros.

—No es suficiente…

Se miraron los unos a los otros, en silencio, como si deseasen verse por última vez. La fatalidad les había dejado mudos, como congelados en sus posturas actuales.

Venciendo la inercia que también se había apoderado de él, Ed se acercó a los «tele-prospectores», enfocándolos hacia el planeta, cuya esférica forma iba creciendo en el horizonte visible.

Los detalles se fueron inscribiendo en la cinta de plástico que arrojaba la ranura de la máquina.

—La densidad de esa atmósfera es semejante a la nuestra, así como la proporción de los gases importantes: oxígeno y nitrógeno. Eso quiere decir que es perfectamente respirable.

Arnold Benson lanzó una carcajada formidable.

—¿Por qué no nos proporcionas más detalles halagüeños, imbécil? —gritó, cerrando los puños amenazadoramente —. ¡Dinos que hay agua, comida en abundancia, ciudades repletas de gente que está deseando abrazarnos y colmarnos de todo lo que nos ha faltado durante este viaje! ¡Di a Hardy que cientos de mujeres hermosas le están esperando y que caerán rendidas a sus pies, nada más verlo!

Echaba espuma por la boca.

—¿Por qué no nos prometes un verdadero Edén, estúpido? Dentro de poco, cuando el Explorador se convierta en una brasa, antes de desintegrarse por completo… ¿qué haremos con tu oxígeno y tu nitrógeno? ¿Qué haremos con una atmósfera respirable si ya estaremos convertidos en átomos?

—¡Calla, Dick! —suplicó Cameron, cuya calva rezumaba sudor.

—Déjale hablar — repuso, dulcemente, Marric—. De nada sirve que nos amarguemos estos últimos instantes. Es mejor que cada uno se desahogue como quiera…

—¡Eso es lo que voy a hacer!

Y se lanzó contra Ed.

Pero, en aquel momento, una especie de relámpago cegador les envolvió por completo.

CAPÍTULO II



D sintió un lejano ruido de voces, pero estaba aún demasiado hundido en aquella especie de pozo sin fondo para dar importancia a lo que oía.

Desesperadamente, con un ansia que nacía de lo más profundo de su instinto de conservación, intentó anudar algunas ideas de las que, deshilachadas, corrían por su mente. Luego, a medida que iba recordando, consiguió precisamente lo contrario a la seguridad que deseaba: una conclusión que no podía ser más que la de la misma muerte.

Porque estaba muerto.

No le cabía la menor duda y todo aquello que era capaz de pensar, de darse cuenta de que su mente «seguía trabajando», debía pertenecer a una nueva forma de existencia, al otro lado de la vida que poseía cuando el astrocohete se desintegró.

Se sintió invadido por una sensación que jamás había experimentado. Y, haciendo un supremo esfuerzo, intentó adaptarse a aquella nueva situación, haciendo lo imposible por comportarse como un hombre «que acaba de morir».

La carcajada le dejó frío, perturbando la marcha de sus ideas.

¿Era posible que un muerto oyese reír?

Porque, además, aquella risa segura, fuerte, no podía ser más que la de Arnold Benson, el hombre que se había lanzado furiosamente contra él, justo en el momento en que aquel cegador relámpago les había envuelto.

Las voces y las risas le llegaban amortiguadas, crecidas y deformadas como si se hiciesen en «off». O quizás aquello se debía a que tenía la cabeza hueca y todo resonaba extrañamente en el interior de su cráneo.

Poco a poco, con una lentitud desesperante, fue tomando contacto con su cuerpo, creciendo en él la idea de que no había muerto, sino que se encontraba en un estado muy parecido.

¿Herido?

No lo sabía.

Buscó, afanosamente, alguna parte dolorosa en aquel cuerpo con el que

empezaba a entrar en contacto, tomando posesión de él como si acabasen de procurárselo nuevamente.

Por último, ya cerca del borde de la conciencia, abrió los ojos.

El contacto con la realidad fue brutal y tuvo que cerrarlos nuevamente, de modo a ordenar sus ideas de una forma más lógica. Porque lo que habían visto sus ojos era la cámara de mando de la astronave, «en perfecto estado, lo que le demostraba que el astrocohete no se había desintegrado.

¿O seguía soñando?

Abrió nuevamente los ojos, contemplando con entereza cuanto le rodeaba. Así, por la fuerza de la realidad, tuvo que llegar a la conclusión de que estaba tendido en el suelo de la cabina, completamente vivo y sin aparente herida en el cuerpo.

Por lo menos no sentía dolor alguno.

También era posible que el astrocohete siguiese su fatal camino hacia el planeta, contra cuya atmósfera se desintegraría y aquel cegador relámpago hubiese sido provocado por cualquier otra causa.

Una nueva carcajada de Benson le dio fuerzas para sentarse en el suelo. Y fue en aquel momento cuando la cabeza calva de Mike se asomó a la puerta de la cabina.

—¡Eh, amigos!—llamó—. ¡Ed ha vuelto en sí!

Entraron todos, sonrientes, mirando a Marric con franca simpatía.

Arnold so acercó a él, tendiéndole una mano y ayudándole a incorporarse:

—¿Cómo te encuentras, Ed?

—Bien… ¿Qué ha pasado?

Pero Benson no contestó inmediatamente a su pregunta.

—Quiero pedirte perdón, muchacho. Estoy arrepentido… Me porté como un estúpido al abalanzarme sobre ti…

—Eso está olvidado.

—Gracias. Pero has de comprender que estaba como loco… Todos estábamos igual de desesperados.

Marric esbozó una sonrisa.

—Olvídalo—y mirándole fijamente—. ¿Qué ha pasado, Benson?

El otro sonrió, a su vez.

—¡Que hemos tenido una suerte loca, Ed! ¡Hemos aterrizado en el planeta, saliendo ilesos contra todo lo que podíamos prever!

—¿Es posible?

—Como lo oyes. También perdimos nosotros el conocimiento, pero tú tuviste, por mi culpa, la peor parte, ya que cuando aquel relámpago nos cegó, yo caí sobre ti y quedé encima. Por eso tu desvanecimiento ha durado más tiempo.

—Lo importante es que nos hayamos salvado.

Intervino Cameron, cuya calva había dejado de sudar.

—¡Estamos como locos, Ed! Porque no podemos explicarnos la manera cómo el Explorador ha logrado atravesar la atmósfera sin arder como una paja… y, además, aterrizar tranquilamente, sin que ninguno de nosotros interviniésemos.

—¿No ha funcionado el automático?

—Sí; pero, ¿qué importa? La velocidad con la que incidimos en la atmósfera de este mundo era suficiente para que ninguno de nosotros lo contásemos ahora. Además, ¿qué puede hacer el automático, en materia de aterrizaje, sin que funcionen los cohetes auxiliares de frenaje?

—¿No han funcionado?

—¡Qué va!… Ahora mismo venimos de verlos, tan campantes y enteros como estaban antes. ¡Ni uno solo se ha disparado!

—Es formidable.

—Más de lo que te imaginas. Cuando recuperamos el conocimiento, no dábamos crédito a nuestros ojos… Pero hemos observado este planeta desde todas las ventanillas y ninguno de nosotros ha olvidado de pellizcarse para ver si seguía dormido.

—Habrá que consignar todo esto en el libro de a bordo. Es posible que no conozcamos al Explorador y que esta nave sea capaz de cosas que no imaginábamos.

—Eso es lo que nosotros hemos pensado. En cuanto a anotar en el libro de bitácora, es mejor dejarlo… Porque si hemos tenido la suerte de llegar hasta aquí, otra cosa será abandonar este mundo y volver al nuestro.

—Es verdad.

Callaron y, durante unos minutos, la expresión de sus rostros volvió a ensombrecerse.

—¡Basta de pesimismos! — gritó Benson, rompiendo el molesto silencio que se había adueñado de la cabina—. ¡Ven con nosotros, Ed! Vamos a enseñarte algo verdaderamente sorprendente.

Marric los siguió, yendo directamente al mirador de popa, un semicírculo de plástico que permitía una visión amplia y luminosa de los alrededores.

—¡Mira!

Ed sintió que una emoción se apoderaba, bruscamente, de él.

Fuera del astrocohete, los árboles, las plantas y el suelo poseían un color azulado-verdoso, quizá producido por la refracción de la luz solar, que producía un resultado verdaderamente magnífico.

Detrás, las colinas ondulaban suavemente, cubiertas de vegetación, y un cielo con pocas nubes ponía un techo sin mácula a aquel cuadro idílico.

—¿Qué te parece?

Marric no contestó.

Le maravillaba la paz que parecía reinar allí y se preguntó qué clase de mundo era aquél, donde la serena actitud de las cosas tenía algo de sobrenatural.

—¡Qué tranquilidad!

—¿Verdad que sí?—inquirió Fred Garve—. Nos ha llamado la atención a todos.

—Lo creo. Es algo que parece emanar de cada cosa, de cada objeto… ¿Qué clase de vida habrá aquí?

—Como la de la Tierra, aproximadamente—dijo Benson—. ¿No ves los pájaros sobre los árboles?

—Sí, es verdad.

—También hemos visto, hace poco, un cervatillo que pasaba tranquilamente hacia aquella parte. Miró, un tanto extrañado, al astrocohete, pero no se alteró lo más mínimo y siguió su camino.

—¡Buena caza, amigos! — exclamó Benson—. ¡Ya empezaba a estar harto de comida sintética!

—Yo sueño con un buen filete asado—opinó Mike, acariciándose, la calva.

—No estará mal, en efecto — dijo Ed —, cambiar un poco en nuestra alimentación. Creo que lo pasaremos bastante bien en este planeta.

—El único que está un tanto descorazonado— dijo Patrick, sonriendo — es Hardy… ¡Dick no estará contento hasta que encuentre alguna habitante de este mundo a quien enamorar!

—¡No veo la gracia!—protestó, agriamente, él interpelado.

Pero Garre, desviando la conversación, preguntó:

—¿Creéis que habrá hombres como nosotros en este planeta?

—Es más que probable — repuso Marric —. Hay árboles, aves y, según me habéis dicho, mamíferos. Sería muy extraño que la vida se hubiese detenido en un cuadrúpedo.

—Si hay hombres — dijo Benson—, habremos de tener cuidado. Saldremos armados y abriremos bien los ojos. Yo propongo que siempre queden dos de guardia en el Explorador.

—Creo que es lo mejor.

Y Ed, que les había escuchado con un aire distraído, inquirió:

—¿Habéis analizado detenidamente la atmósfera?

—Yo lo he hecho repuso Dewey—. Es perfectamente respirable.

—¿Pues qué esperamos? — clamó Benson—. ¿Olvidáis que hemos de celebrar nuestra gran suerte? ¿Qué os parece un asado de ciervo? ¡Yo me encargo de procurároslo!

—¿Quién va a quedarse de guardia?—inquirió Mike.

—Yo seré uno — repuso Hardy, rápidamente—. No me interesa conocer un mundo deshabitado.

Sonrieron.

Patrick Dewey dijo que él se quedaría con el inconsolable donjuán. Los otros, una vez cogieron armas, hicieron que se abriese la compuerta de seguridad, deslizando la rampa de salida

Momentos después estaban fuera.

Respiraron con glotonería el fresco aire del exterior, lleno de olores balsámicos y de una pureza extraordinaria.

—Es una atmósfera limpísima — dijo Ed—. ¿Os dais cuenta de la pureza del ambiente? No hay polvo ni olores desagradables.

—¡No te equivocaste, Ed!

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cuando veníamos lanzados hacia este planeta y que estábamos seguros de que nos haríamos trozos? En aquel momento, cuando tú nos hablabas de la atmósfera que acababas de analizar, brillaban tus ojos como si ya vieses todo esto… Yo te dije, intentando insultarte, que nos estabas prometiendo un Edén… ¿lo recuerdas ahora?

Marric sonrió.

—Sí, lo recuerdo.

—Por eso te he dicho que no te habías equivocado… ¡Menudo planeta! La lástima es que no podamos regresar a la Tierra. ¿Te imaginas el fabuloso negocio que haríamos vendiendo parcelas en este paraíso?

—Sueñas, Benson.

—¿Por qué no podemos regresar a nuestro Sistema?

—No. Aunque volviésemos, ya sabes que no podrías hacer lo que estás pensando. Estamos obligados a informar a la Comisión Sideral de Nuevos Mundos…

—¡Ésa es una de las cosas que yo veo mal hechas! ¿No somos nosotros los que nos jugamos la vida en los viajes espaciales? ¡Pues debíamos ser los únicos en beneficiamos, ya que los peligros son solamente para nosotros! La gracia es que después se enriquecen con nuestros descubrimientos cuatro granujas que son amigos de los directores de la Comisión, con los que comparten los beneficios.

—Ya sé que eso es verdad; pero no debes olvidar que nos pagan bien y que lo que resulte de nuestros viajes no debe importarnos.

Arnold torció el gesto.

—¡Siempre tan soñador, Ed! ¡Siempre el mismo! Pero yo no pienso como tú y deseo, desde hace muchísimo tiempo, convertirme en un tipo tan poderoso como uno de esos favorecidos por la Comisión.

—Arnold tiene razón — intervino Cameron—. ¿Te imaginas la considerable fortuna que podríamos obtener de un mundo como éste? ¿Habéis olvidado, acaso, lo que ocurrió en Venus, hace trescientos años?

—He oído hablar de ello…

—Pues voy a refrescarte la memoria, Marric: Hombres como nosotros, astronautas perfectamente pagados, pero idiotas como nosotros, visitaron Venus… Seis de los doce se quedaron allí, perdidos en las brumas, sin que se supiese más de ellos. Uno de los supervivientes, que había estudiado química, logró una fórmula para hacer desaparecer aquella horrible niebla del planeta.

»Durante seis años trabajó como un loco, logrando, finalmente, hacer de Venus la maravilla que es ahora. Locos de contento, los seis regresaron a la Tierra, seguros de ser recibidos en triunfo.

—Y lo fueron…

—Ya lo sabemos. Hubo fiestas, música, medallas, condecora clones, charlas ante la televisión mundial… y un premio de un millón de cosmos para cada uno. Pero la tajada se la quedó la Comisión, como dice Benson, y sus amigos de siempre. Solamente Cutlandia, el continente más pequeño de Venus, proporcionó, vendido en parcelas, once mil millones de macrocosmos. Y no olvides, amigo Ed, que un «macro» vale un billón de cosmos normales.

—Todo ese dinero se empleó en mejorar la Tierra.

—Eso fue lo que dijo la propaganda oficial. Pero los amigotes de la Comisión se hincharon: ésa es la verdad. Uno de ellos, cuyo nieto conocemos, compró, de golpe, los derechos de todos los viajes extraoficiales a Marte… ¡Una bicoca!

—Nosotros no somos hombres de negocios, sino astronautas.

—¡Eso lo dirás por ti, soñador!

Y Benson echó a andar, con el fusil magnético en las manos, dando por terminada la conversación.

Una naturaleza tranquila les rodeaba.

Ni un solo pájaro se movió cuando pasaron junto a los árboles, interrumpiendo solamente sus agradables trinos para observarlos con curiosidad y prosiguiendo después sus cantos.

Ed estaba profunda y sinceramente impresionado por aquella paz.

Había algo que no terminaba, de comprender enteramente y que le causaba, si no un malestar, si una sensación indefinible, cuyo contenido era incapaz de analizar.

Fue entonces cuando aparecieron los animales.

—¡Cuidado! ¡Escondámonos! — exclamó Benson, ocultándose precipitadamente detrás de uno de los árboles.

Sus amigos le imitaron.

Pero si lo que Arnold temía era que los animales se asustasen, se equivocó por completo, ya que los tres animales, la madre y dos retoños, todos ellos magníficos ejemplares de ciervos, continuaron tranquilamente su marcha hacia los humanos, sin parecer preocuparse mucho de ellos.

—No han debido ver nunca un hombre — susurró Ed.

—¡Mejor que mejor!—repuso Arnold —. Voy a matar al grande.

—No hagas eso — dijo Ed, rápidamente—. ¿Por qué vas a dejar sin madre a los pequeños?

—¿Qué tonterías estás diciendo, Ed? Con los dos cervatillos no tenemos ni para un bocado.

—Mata a los tres. Creo que es la mejor solución.

—¿Tú no vas a disparar?

—No.

Benson sonrió, despectivamente.

Dijo, con burla:

—Lo lamento, pero nos veremos obligados a darte las peores tajadas.

Marric no contestó.

Sus tres compañeros dispararon al unísono, haciendo blanco, ya que se habían distribuido previamente las piezas. Los animales se desplomaron y un fantástico revolotear de pájaros asustados llenó el ambiente.

—¡Buena puntería! — exclamó Fred Garve.

Corrieron hacia los ciervos, contemplando su aspecto magnífico. Benson se pasó la lengua por los labios.

—¡Vaya banquete!

Y volviéndose a Ed, que se acercaba a ellos:

—¿Qué te ocurre, Marric? ¿Reproches de conciencia o formas parte de la Liga de Protectores de Animales?

Ed respondió:

—Perdona, Arnold. Es posible que te parezca estúpido… pero no sé lo que me ha pasado.

—Por esta vez, amigo mío, perdonamos tu timidez. ¡Comerás lo mismo que nosotros!

¿A qué era debida aquella sensación extraña? ¿Qué especie de maleficio ejercía sobre él el ambiente que le rodeaba?

La impresión que le estaba causando, además de molesta, era descorazonadora.

Y fue en aquel instante, cuando intentaba, noblemente, analizar sus sentimientos, que Fred lanzó la exclamación:

—¡Mirad!

Y señalaba a los animales.

Los cuatro hombres se inclinaron rápidamente, sobre los ciervos.

El espectáculo era, ciertamente aterrador.

Porque el cuerpo de los animales se estaba descomponiendo a una velocidad tal, que un hedor insoportable se producía ya en aquellos

momentos.

CAPÍTULO III



IKE encendió un cigarrillo y después de lanzar una bocanada de humo:

—No hay más que una explicación — dijo, sentenciosamente.

Hardy, que acababa de tomar sus pastillas de «superenergina», sonrió despectivamente.

—No perdemos nada al oír las manifestaciones de nuestro «profesor» —y sin abandonar el tono burlón—… Háblanos de tus hermosas teorías, Mike…

Cameron se encogió de hombros.

—Me importa un bledo que Intentes burlarte de mí, Dick. Después de todo, estamos seguros que tu cerebro no funciona más que cuando tienes una mujer bonita al lado.

—¿Quieres explicarnos lo que piensas — intervino Garve, con voz agria —, sí o no?

—Yo creo que es el ambiente de este planeta el que descompone a los animales a esa velocidad.

—¡Señores! — exclamó Dick, más burlón que nunca—. Ya pueden preparar los tenedores y cuchillos… Con la explicación que ha encontrado nuestro querido Mike nos daremos un banquete.

—¡No sigas diciendo estupideces!—exclamó, coléricamente, Benson, agregando después—. ¿Por qué no te das una vueltecita por ahí fuera?

—Yo te acompaño —dijo Dewey—. Nosotros no hemos salido aún del astrocohete.

Y cuando los otros dos salieron, después de unos instantes de silencio, Mike creyó que, había llegado el momento de exponer claramente sus puntos de vista.

—Una vez que demostremos que la corrupción de los cadáveres es obra del medio ambiente, no creo que tengamos que abandonar por eso la esperanza de comer carne. Tú, Ed, eres un técnico en la materia y podrás preparar una cámara frigorífica con una de las pequeñas pilas atómicas portátiles. ¿No lo ves realizable?

—Es factible.

—Pues bien, una vez que Marric haya preparado los frigoríficos, saldremos de nuevo a cazar, y meteremos las presas, inmediatamente estén muertas, en el interior de la cámara de frío. Así no habrá miedo a que se descompongan.

Benson sonrió.

—Creo que, en efecto, es la mejor solución… ¡Yo no puedo resistir este verdadero apetito que me consume! Dirán lo que dirán, pero los comprimidos de «superenergina», aunque sacian, no hacen trabajar los dientes como creo que deben trabajar.

—¿Cuándo vamos a explorar el planeta? — inquirió Dewey.

—Pronto, aunque no creo que encontremos nada Interesante. Todo debe ser lo mismo.

Ed frunció el entrecejo.

—Sigo creyendo — dijo — que hay seres inteligentes y humanos.

—Eso no es más que una mera hipótesis contradijo Mike—. Aunque no niego rotundamente la existencia de seres humanos, deben estar muy lejos de aquí.

—¿En qué te basas para decir eso?

—En el comportamiento de los ciervos. Si hubiera seres humanos, habría, sin ninguna duda, caza esos animales no se hubiesen acercado tan confiadamente a nosotros.

—Cameron tiene razón — concluyó Benson.

La puerta de la sala acababa de abrirse y Dewey, visiblemente agitado, apareció en el umbral:

—¡Hay hombres!

—¿Eh?

—¡Sí, hay hombres en este planeta!

—¿Los habéis visto?

—No.

Benson sonrió.

—¿Entonces? — dijo.

Pero Ed, Inquieto, preguntó:

—¿Y Hardy?

—Está siguiendo las huellas.

Arnold se impacientó.

—¿Qué huellas? ¿Qué ha pasado? ¿Quieres nacer el favor de explicarte claramente?

—Sí…, salimos del Explorador, dirigiéndonos hacia unos árboles. Anduvimos unos doscientos metros cuando Dick, que iba mirando el suelo, vio la huella de un pie calzado. En seguida comprobamos que había muchos más.

—¿Un pie calzado?

—Sí. Todos iban así y las marcas de los tacones eran perfectamente visibles en la tierra húmeda. Quise que Hardy volviese conmigo, pero no quiso; yo he venido corriendo a comunicároslo.

Arnold se puso en pie.

—¡En marcha! Coged las armas… Tú, Ed, y tú, Cameron, os quedaréis aquí.

Mike torció el gesto.

—¡Hombre! —protestó.

Pero Benson no le hizo caso.

Por algo era el capitán del Explorador.

* * *

Una emoción indescriptible se habla apoderado de Dick.

La aparición de las huellas le había hecho sonreír, cambiando bruscamente su estado anímico que, hasta entonces, había sido más bien pesimista.

¿Qué podían comprender sus compañeros?

A él le importaba poco volver o no a la Tierra.

Y si el destino les había impuesto aquella forzosa situación, no se preocupaba mucho de acabar sus días en aquel estupendo planeta, siempre que tuviese a su lado una dulce criatura del sexo femenino.

Por eso, la perspectiva de quedarse solo con sus amigos le había amargado profundamente.

Aunque ahora…

Miraba las huellas, siguiendo el camino que trazaban hacia el interior del bosque, intentando adivinar, en las más pequeñas, ese algo de femineidad que buscaba afanosamente.

¡En tanto fuesen hermosas!

Las huellas eran numerosas y debían corresponder, por lo menos, a media docena de individuos. Y, como había comprobado desde el principio, había unas sensiblemente más pequeñas que las demás, con un taconcito que se hundía más profundamente en la blanda tierra…

Ni una sola vez miró hacia atrás, para ver si sus compañeros le seguían. Su única preocupación era ver a los seres, a los que no temía, ya que su rifle magnético les demostraría, en caso de que se mostrasen agresivos, que no podía jugarse con los terráqueos.

Aunque, en el fondo, deseaba que los habitantes de aquel planeta fuesen pacíficos, cosa que le facilitaría mucho la labor.

Acababa de atravesar una zona de espeso bosque cuando, al entrar en un calvero… ¡los vio!

Estaban allí, mirándole, esperándole…

Eran hermosos, altos, rubios, de anchas espaldas y cuerpos magníficamente proporcionados. Vestidos con telas sencillas, levaban el tórax descubierto, ya que se cubrían con unas cortas túnicas.

En cuanto a ella.

Porque ¿ella» estaba allí, con sus largos cabellos rubios, como una germana deidad que un fabuloso Wagner no se hubiese cansado de cantar. Ella, a diferencia de los hombres, llevaba una túnica azul sobre los hombros, que le llegaba más abajo de las rodillas.

Pero, de todos modos, su espléndida belleza se daba a conocer en mil detalles deliciosos.

Hardy la contempló arrobado.

Ni por un momento pensó en el peligro que hubiese significado una actitud agresiva de aquellos seres. La misma tranquilidad, idéntica paz brotaba de las cosas que de aquellas criaturas.

Extasiado, Hardy contempló a la hermosa mujer de cabellos rubios.

Fue entonces cuando uno de ellos, joven como los demás, pero de rasgos más Armes, se acercó al terrícola.

—Los «Uman» te saludan, extranjero.

—¿Cómo? Tú no hablas mi lengua y yo comprendo lo que dices.

El «Uman» sonrió.

—Nuestro lenguaje es universal.

—¿Telepatía?

—No sé lo que es eso. Nosotros no hablamos con sonidos, sino con ideas. Por eso somos capaces de convertir tus sonidos en ideas. ¡Bien venido a Pantar!

—¿Cuándo os habéis dado cuenta de nuestra llegada?

—Eso no importa. Nos imaginamos que debisteis perderos y nos complacerá mucho poder ayudaros, ¿De dónde venís?

—De la Tierra, a muchos miles de billones de millas de aquí.

—No te entiendo mucho, pero basta que seáis como nosotros para darnos cuenta de que habéis de ser nuestros hermanos.

—¿Vivís en el bosque?

—No. Tenemos una gran ciudad, Ak-Uman…, detrás de aquella colina.

—¿Sois muchos?

—No muchos, si nos comparas con las estrellas, pero sí los bastantes para ser felices en Pantar.

Aquel lenguaje le hizo gracia a Hardy, que lo encontraba demasiado florido.

Fue a contestar algo, pero la llegada de sus amigos se lo impidió. Todos ellos llevaban las armas apercibidas, pero su actitud belicosa cedió un tanto al comprobar el pacífico aspecto de los indígenas.

Acercándose a Dick, Benson emitió un significativo silbido:

—Estarás contento de tener ante tus ojos una preciosidad como ésa, ¿verdad, granuja?

—¡Cuidado! Entienden nuestra lengua…

Y antes de que ninguno de ellos pudiese agregar una palabra más, la joven se les acercó, sonriendo:

— ¿De verdad que me encontráis hermosa?

Dick sintió que su pulso se aceleraba.

—¿Hermosa? He visto muchas mujeres, pequeña, pero ninguna como tú; te lo aseguro.

Era una frase que había repetido miles de veces, un tópico que siempre le daba resultado.

Ella se volvió hacia, sus compañeros y dirigiéndose al que habla hablado con Hardy, dijo:

—¿Has oido, Alman?

—Dicen la verdad, Ymila… ¡Eres verdaderamente hermosa!

Ella frunció graciosamente el entrecejo.

—Daría voluntariamente toda mi belleza por ser como tú.

—¿Eh?—se amoscó Dick—. ¡Tu hermosura vale más que cualquier otra cosa!

Le miraron aquellos bellos ojos azules.

—¿Tú qué sabes, extranjero? Hay en una sola idea de Alman más valor que en toda la belleza de las mujeres de Pantar…

—¿Todas son como tú?

—¿Te refieres a la belleza?

—Sí.

—Somos muy parecidas, pero todas aspiramos a dominar la armonía de Alman.

Benson sonrió, complacido.

—Creo que has topado con hueso, Don Juan… Tendrás que «armonizarte» si quieres tener partido entre estas mujeres…

Dewey, cuyos ojos brillaban, se acercó a Alman, preguntándole:

—¿Cuál es tu poder, que esa mujer desprecia tu belleza?

—¿Mi poder? — el «Uman» sonrió, débilmente—. No quisiera tener poder alguno, extranjero… Cuando un «Uman» pierde todo el poder, la armonía le inunda.

—¡Este tipo está hablando con enigmas!.—exclamó. Arnold, que más burlón que nunca olvidó que los otros le entendían; después, recordando algo, añadió—: Oye, Alman… ¿coméis carne?

Y guiñó el ojo a sus amigos, como si desease ver que no olvidaba el lado

positivo de las cosas.

—¿Qué quieres decir?—preguntó el indígena.

—¿De qué os alimentáis? ¿De carne o sólo de vegetales?

—De ambas cosas.

—¡Eso sí que es formidable! ¿Le oís, amigos? Ahora mismo va a decirnos de qué manera se las arreglan para evitar que los cuerpos se descompongan tan aprisa…

El «Uman» frunció el entrecejo y su voz se hizo, por primera vez grave.

—Ya se a lo que te refieres, extranjero: vosotros habéis matado. ¿No es eso?

—Sí.

—En Pautar no se puede matar.

—¿Eh?

El asombro se pintó en el rostro de Benson; pero, casi inmediatamente, su estupor se tornó en jolgorio y lanzó una estridente carcajada.

—¿Que no matáis en este planeta? ¡Qué me aspen entonces si entiendo una sola palabra!

La expresión serena de rostro de Alman no había variado. Y fue con la misma voz tranquila y reposada que dijo:

—Vosotros matasteis inútilmente, no obteniendo el beneficio que esperabais… Nosotros no tenemos necesidad de matar para comer. Y voy a demostrártelo con un sencillo ejemplo. ¿Ves ese árbol, a tu izquierda?

—Sí.

—Sus frutos son deliciosos…

Benson se encogió de hombros.

—¡Yo no hablaba de frutos, sino de carne! ¿Qué me importan a mí los frutos de los árboles?

El «Uman» sonrió levemente y sin mirar a Dick.

—Esos frutos son los preferidos de nuestras jóvenes.

Naturalmente que Hardy se dio por aludido.

—¿Es verdad eso? — inquirió, mirando fijamente a Ymila.

—Sí.

—¡Pues ahora verás!

Y trepó con una agilidad extraordinaria, llenándose los bolsillos de frutos. Momentos más tarde, con una sonrisa de triunfo, se acercaba a la muchacha.

—Aquí tienes, Ymila.

Pero su expresión cambió al darse cuenta, cuando sacó los frutos del bolsillo y los vio, corrompidos, convertidos en una masa maloliente y pegajosa

—¿Qué significa esto? — exclamó.

Y de inmediato, cogiendo el rifle, que había dejado a Fred, apuntó al indígena.

—¡Nadie se ha burlado impunemente de Dick Hardy y menos ante una mujer! ¿Por qué has hecho esto, imbécil?

El «Uman» le miró serenamente.

—Yo no he hecho nada… Has sido tú quien ha hecho daño, herido…

—¡Déjate de monsergas, idiota! ¿No te das cuenta de que ya estamos empezando a estar hartos de tus memeces? ¡O vuelves a hacer que esos frutos sean tan buenos como los del árbol o te mato ahora mismo!

—Yo no puedo hacer eso.

—¡Sí que puedes! ¡Ha sido tu maldita brujería la que ha podrido los frutos y, hasta puede ser, los animales que cazamos mis amigos! ¡Hazlo o disparo!

El silencio se hizo tremendamente intenso.

Y de repente, una llamarada brotó del cañón del rifle de Hardy.

Golpeado en pleno pecho, el «Uman» se inclinó hacia adelante, como si hiciese una póstuma reverencia. De todas formas, la serenidad no desapareció de su rostro. Y se desplomó, pesadamente.

Presto, dándose cuenta de que la situación iba a tornarse peligrosa, Benson y sus compañeros se echaron las armas a la cara, dispuestos a repeler cualquier agresión.

Pero, ante su propio asombro, los «Uman» se limitaron a mirarlos, acercándose al cuerpo de Alman, que recogieron, alejándose después, en medio de un silencio impresionante…

Los terrícolas se quedaron allí, mirando a los otros, sin saber qué hacer, con las armas fuertemente apretadas en sus manos.

* * *

Benson terminó su vaso; después, secándose los labios con el dorso de la mano, dijo, como colofón:

—Eso es todo.

Se encendió nerviosamente un cigarrillo.

—¡Habéis cometido error sobre error!

Hardy se encogió de hombros y con el mismo tono burlón de siempre murmuró:

—Es claro… ¡Si hubiese venido con nosotros el Supremo Embajador, míster Marric!

Ed se mordió los labios.

—No digas estupideces, Dick; de nada serviría ahora.

—¿Qué quieres decir?— intervino Benson, que se había servido otro vaso.

—Que ya no lograréis jamás tener al alcance de vuestra mano la amistad que esos indígenas nos tendían.

—A mí me basta la de la muchacha — rezongó Dick.

—Tu cinismo está fuera de lugar, Hardy. Pero si sueñas conque esa muchacha vuelva a acercarse a ti, es que deliras… ¿Cómo quieres que vea al asesino de uno de los suyos?

—¡Bobadas! La chica no entiende de eso y ya la convenceré de que la culpa fue de aquel maldito imbécil… ¡Le mataría mil veces más, si de nuevo me quisiese dejar en ridículo!

—Bueno — intervino Benson, asumiendo la responsabilidad de un jefe—. Todo eso puede discutirse en otra ocasión. Ahora creo yo que lo que interesa es que esos tipos olviden lo ocurrido…, que nos perdonen. No me gustaría andar a tiros cada día. Puesto que tenemos que quedarnos aquí, lo mejor es que seamos amigos.

Ed se levantó.

—Está bien… Yo iré a verlos.

Dick dejó oír una risita breve:

—Hay algunos a quienes gusta mucho hacer el héroe…

Pero Marric no le escuchaba. Se había puesto en píe y se dirigía hacia la compuerta.

—¿Vas a ir solo?

—Si.

—¡Eh!—gritó Mike— ¡Olvidas el rifle!

—No lo necesito para nada —repuso Ed, sencillamente—. Yo no deseo enamorar a las indígenas ni matar a sus protectores.

Y cerró la puerta.

—¡Adiós… mártir!—rio Hardy, no muy seguro de sí mismo y visiblemente irritado.

Después se levantó, asomándose al ojo de buey, viendo alejarse a Ed.

—Ojalá no vuelvas, imbécil — musitó, con los dientes apretados.

CAPÍTULO IV



RESA de ideas contradictorias y rememorándose tristemente lo que había oído de los labios de Benson, Ed se alejó rápidamente de la astronave.

Se daba cuenta de que sus amigos habían cometido el error más grande, al ganarse la enemistad de las gentes con las que, quisiesen o no, forzosamente debían de convivir en aquel planeta.

El Explorador no podía dar un solo paso ni recorrer una sola milla, y los terrícolas estaban confinados para siempre en aquella parte del planeta. De ahí que estuviesen obligados a convivir amistosamente con los indígenas. Si es que no deseaban vivir en un verdadero infierno.

Nada más alejarse de la vista del astrocohete, las ideas de Marric se serenaron, como si la paz que le rodeaba le penetrase hasta lo más hondo del espíritu.

¿De dónde provenía aquella paz?

Aquélla era una pregunta que no dejaba de formularse desde que, por vez primera, había contemplado la serenidad que reinaba en aquel mundo. Luego, cuando a pesar del estúpido partidismo de las manifestaciones de Arnold, al relatarle lo sucedido, se dio cuenta de la tranquilidad magnífica de los «Uman», no le extrañó nada, ya que las criaturas que habitaban Pantar no podían ser lógicamente de otro modo.

—¿Son superiores a nosotros?—se preguntó en voz alta.

Pero, casi al momento, se percató de lo incongruente de aquella cuestión. Superioridad e inferioridad entre seres humanos era un concepto lleno de trampas, pleno de mentiras, ya que la esencia del hombre ha de ser, forzosamente, idéntica en cualquier mundo.

Lo que debía ocurrir era que aquellas criaturas «habían comprendido». De ahí que la palabra «armonía» fuese para ellos el sinónimo de sabiduría.

Un rugido que surgió bruscamente de su derecha lo dejó helado.

Y momentos más tarde, cuando vio a la fiera, se consideró un estúpido por no haber traído arma alguna.

El animal, una especie de pantera de piel rojiza, estaba plantado a menos de diez yardas de él, contemplándole con sus ojos amarillentos y brillantes.

Luego avanzó…

Ed pensó en buscar refugio en los árboles, pero le separaba bastante distancia del más cercano de ellos y no podía ni soñar en ser más rápido que el felino.

Éste se había detenido a menos de dos metros del terrícola y lo olfateaba intensamente.

Con los músculos tensos, tanto que le hacían daño, Marric esperó, fatalmente, que el salto mortal se produjese.

Pero entonces, cuando estaba plenamente convencido de que la fiera iba a devorarlo, no sin lucha, ya que estaba dispuesto a defenderse, aunque sería completamente inútil, unos pasos furtivos hicieron que la bestia volviese ligeramente la cabeza.

—¡Cuidado, no se acerque! — advirtió Ed.

Pero la muchacha — era una mujer como la que acababa de aparecer en el sendero — desoyó la advertencia del terrícola, acercándose tranquilamente al felino, sobre cuya cabeza posó confiadamente la mano, acariciándolo después.

Algo debió decirle, porque el animal se separó de ella, alejándose lentamente y perdiéndose, momentos después, entre las altas hierbas que rodeaban el calvero.

Ed miró a la muchacha.

Coincidía perfectamente con la descripción que Benson había hecho y era, en verdad, prodigiosamente hermosa.

—Gracias —le dijo él, cuando ella estuvo a su lado.

—¿Gracias? — la expresión de asombro sobre el rostro de la joven no podía ser más sincera—. ¿Por qué?

—Por haber alejado esa fiera de aquí. Yo no sabía que estaba amaestrada.

—¿Amaestrada? ¿Qué es eso?

El sorprendido fue ahora Marric, que explicó, lo más claramente posible, lo que en la Tierra se entendía por aquella palabra.

—Ningún «tetra» carnívoro está amaestrado en Pantar—repuso ella.

—¿Entonces?

—Es la armonía.

¡Otra vez aquella dichosa palabra!

Pero aquél no era el momento de pedir explicaciones y, por otra parte, Ed no podía olvidar la misión que lo había llevado.

—Quisiera hablar con vuestro jefe — dijo.

—No o tenemos.

—¿Y Alman?

La mirada de ella se entristeció. Así le pareció, al menos, al hombre.

—Ven—-le dijo la muchacha.

Y cogiendo su -mano le condujo, sin decir una palabra más, dirigiéndose hacia las colinas, que recortaban su verde silueta lejos de allí.

Caminaron durante casi dos horas hasta que, cerca de un arroyo, en un paisaje maravilloso, se detuvo la muchacha, señalando el césped.

—Siéntate. ¿Estás cansado?

—Un poco.

Ella sonrió.

—¿Tienes sed?

Él rio, divertido.

—Sed y hambre — confesó.

Y mirando a un árbol vecino contempló, con envidia, los frutos de los que le habían hablado sus amigos; pero también recordó lo que le había ocurrido a Hardy.

Aquello le hizo preguntar:

—¿Eres Ymila?

—Sí.

—Yo quisiera ofrecerte unos frutos, Ymila, pero no desearía que se pudriesen en mis manos. ¿Qué ocurre en este mundo para que todo se corrompa?

—Nunca ocurre eso — repuso ella.

—¿Cómo? Yo vi, con mis propios ojos, cómo los ciervos se corrompieron en unos instantes.

—Fue porque tus amigos rompieron la armonía: no se puede matar en Pantar.

—¡Pero Benson me dijo que el cuerpo de Alman no se corrompió!

Ella sonrió.

—Tú quieres saber muchas cosas, pero yo misma no soy más que una pobre muchacha ignorante — y cambiando de conversación—: ¿No querías ofrecerme frutos?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Ed.

—Ven, Ed.

Él la siguió, hasta que se acercaron a uno de los árboles.

—No es necesario subir al tronco — dijo ella—. Además, si lo haces, dañarás al «arah».

—¿Qué es eso?

—Todos los árboles son «arah», y las hierbas y las flores.

Ed comprendió que «arah» -quería decir «planta».

—¿Cómo puedo, sin subir al tronco, llegar hasta los frutos?—inquirió,

sinceramente extrañado e interesado al mismo tiempo.

—Es muy fácil. Acaricia el tronco y el «arah» hará lo demás.

Marric obedeció, preguntándose qué clase de criaturas había conocido. Pero cuando el árbol empezó a dejar caer frutos, que la muchacha cogía al vuelo, la sonrisa un tanto burlona que iba a entreabrir sus labios, murió antes de nacer.

—¿Te has dado cuenta?

—Sí. Y ahora comprendo que Hardy, al subir al árbol, dañó al «arah» y éste le dio frutos corrompidos.

Ella le miró con una luz admirativa en sus ojos.

—Tú eres diferente, Ed.

—No lo creas. Soy un hombre como ellos.

Ymila no dijo nada y juntos se sentaron, junto al arroyo, comiendo los frutos que el árbol les había dado.

Ed los encontró deliciosos, gustando aquel primer alimento que tomaba del suelo de Pantar y que poseía una significación verdaderamente simbólica.

De todos modos, la extrañeza reinaba en su espíritu y no dejaba de hacerse preguntas en su interior, deseando ardientemente contestar a muchas de ellas, a las que la curiosidad le empujaba con violencia.

Después de comer y beber, los dos jóvenes siguieron el camino de las colinas. Marric se sentía inusitadamente fuerte y comprendió que los frutos que acababa de tomar debían contener una gran riqueza nutritiva, proporcionándole nuevas y positivas energías.

Así, maravillado, marchó junto a Ymila durante casi toda la tarde y parte de la noche, sin experimentar cansancio alguno. Después, de repente, penetraron por un desfiladero, por el que pasaron al otro lado de las colinas.

Mil luces iluminaban lo que debía ser la ciudad de la que había hablado Benson. Pero aquella iluminación, visiblemente pobre si se comparaba con la de las ciudades de la Tierra, poseía un indudable encanto, y Marric experimentó la misma sensación de paz que había sentido por doquier.

Al penetrar en la ciudad, se dio cuenta de que las Calles eran amplias y de que las casas, todas de una sola planta, estaban rodeadas de grandes y hermosos jardines. Las calles estaban dispuestas geométricamente y la iluminación parecía proceder de aparatos colocados en las ramas de los árboles.

La luz no dañaba, proporcionando una luminosidad tranquila, serena, sin estridencias. Y Ed recordó, con una sonrisa, las enervantes luces que sembraban de discordante color las calles de las ciudades de la Tierra.

Ymila penetró en uno de los jardines, siguiendo un sendero bien cuidado y pasó después por el arco de una casa.

Ed comprobó que no había puertas por parte alguna.

Pero su asombro llegó al paroxismo cuando, siguiendo a la grácil muchacha, se introdujo en una estancia amplia, de dimensiones verdaderamente colosales… ¡y casi completamente llena de animales!

Los había de todas las especies y familias. Pero lo verdaderamente extraordinario era, que carnívoros y herbívoros, irreconciliables enemigos, en la Tierra, estaban juntos allí, sin traba alguna, rozando sus pieles atigradas con las de otros, en las que la lana formaba graciosos rizos.

—Un hombre de rostro sereno estaba de pie sobre una estrada, mirando acuella extraordinaria reunión.

Todos los animales volvieron la cabeza, clavando sus miradas en él. Y Ed experimentó una tremenda sensación de angustia, al verse así enfocado por centenares de pares de ojos, cuya luz intensa, no podía interpretar en modo alguno.

—El hombre también le miraba.

Después dio un par da palmadas y los animales fueron saliendo, tranquilamente, en medio de un silencio verdaderamente sobrecogedor, que sólo las patas y las garras recortaban con su ritmo.

Cuando la sala quedó vacía, Ymila tomó la mano del terrícola, llevándolo hacia la estrada donde el hombre, vestido con una larga túnica azul, les invitó a sentarse en los escalones de piedra.

—Lo encontré en el bosque — dijo ella—. ¿No era a él a quien querías ver, Alman?

—¿Eh?— no pudo por menos de exclamar Ed, mirando a la muchacha y al hombre, alternativamente—, ¿Has dicho Alman?

Fue el hombre quien respondió.

—Sí. Soy Alman.

—Pero…

SI otro adivinó sus pensamientos.

—No he muerto…, ya puedes comprobarlo.

—¡Pero si Hardy disparó contra ti su rifle magnético!

—¿Y qué quiere decir eso?

—¡Que la descarga es necesariamente mortal!

El otro sonrió.

—Es posible que la muerte vaya en esa arma, amigo, pero la muerte no estaba conmigo, porque no puede llegar a mí más que por su recto camino, nadie puede provocarla con maldad.

La cabeza daba vueltas a Marric.

—¿Quieres decir que eres inmortal?

—¿Inmortal? No, amigo… Sólo he dicho que la muerte llegará a mí cuando coincida con mi final… no antes.

—Entonces… ¿nadie puede matarte?

—Nadie, al menos que lo hiciese bondadosamente, guiado por la armonía.

Y viendo la expresión que había aparecido en el rostro del joven, se volvió a Ymila:

—¿Quieres dejarnos, pequeña?

Ella se levantó, sonrió amistosamente a Ed y salió de la estancia.

Cuando quedaron solos, el hombre continuó hablando:

—Acabo de oír las protestas de los «tetra»… Ellos me han traído también las de los «itkos», las de los carah» y hasta los del mundo de «sumba». Todos ellos están irritados contra vuestra presencia.

—No es culpa mía, Alman.

—Ya lo sé. Un «tetra.» que vio la escena de la muerte de los otros, me ha dicho que tú te oponías a aquella destrucción. Por eso, cuando Ymila iba en tu busca tuvo la suerte, de encontrarte.

— ¿Qué son todas esas palabras que has nombrado?

El Uman sonrió.

—Los «tetra» son los seres cuadrúpedos; los «itkos», los pequeños seres que se arrastran o vuelan…

—Ya sé, los insectos.

—Los «arah» son las plantas, los seres fijos que se levantan hacia el cielo. El reino de «Sumba» está formado de los seres que no viven como nosotros, pero que son…

Y tocó la superficie del escalón en el que estaba sentado.

—Ya comprendo: las piedras… los minerales.

—Todo lo que existe en Pantar está regido por la más perfecta armonía y tus compañeros han intentado romperla usando métodos que nosotros no conocemos.

—¿Intentas decirme que los animales hablan y entienden?

—Ellos sienten… Todo está ordenado y no puede haber maldad entre ellos. Como no la hay entre nosotros, los «Uman».

—¿Y por qué no?

Alman sonrió:

—Yo no sé, amigo, de qué mundo procedes y qué grandes males debe haber en él. Pero aquí, la armonía reina y nadie sale perjudicado. Voy a satisfacer tu curiosidad.

»Los «tetras» herbívoros devoran plantas, pero sólo las partes que éstas destinan a tal efecto.., y que se separan previamente de la fuente de la vida general…

—¿Y los animales?

—Ocurre con ellos algo semejante. Hay crías que nacen muertas, pero perfectamente conservadas… son éstas las destinadas a que la alimentación carnívora sea un hecho.

—¿Y si los animales carniceros tienen más hambre?

—Todo está calculado, amigo… y el número de crías aumenta o disminuye en razón de la cantidad de seres que deben, por la tuerza de su biología, alimentarse de carne. Igual nos ocurre a nosotros. Los «tetras» nos traen sus crías muertas para que podamos recuperar energías.

—Creo que voy comprendiendo…

—Me alegro. Todo, entiéndelo bien, extranjero, se hace sin violencia, sin maldad. Por eso reina la armonía entre nosotros.

—¡Es fantástico! Pero… ¿ha ocurrido siempre, igual?

—Eso no puedo decírtelo porque no lo sé. He oído decir que antes era diferente, aunque no puedo creerlo. Yo siempre lo conocí así.

—Es increíble. Algo así como un paraíso…

Alman enarcó las cejas.

—¿Paraíso?… No sé lo que eso significa. Esto no es más que un hermoso jardín... [4]

CAPÍTULO V



UANTO tiempo hace que Ed se fue?

Hardy se encogió de hombros, no pudiendo dejar de esbozar una sonrisa de triunfo, ya que estaba casi completamente seguro de que Marric no volvería más.

—Mucho — opinó Mike, pasándose la gordezuela mano sobre la calva —. Y no es eso lo que más me preocupa.

—¿Qué, entonces? — inquirió Arnold, quien era quien había hecho la pregunta anterior.

—Las provisiones. Nos quedan seis pastillas para cada uno, sin cóntar a Ed…

Benson, cerró los puños.

—¡Ese Imbécil! Ya podía haber esperado, para desaparecer, a haber construido los frigoríficos para la carne.

—¿Por eso te preocupas? — inquirió Cameron—. Voy a ponerme a trabajar inmediatamente y antes de dos horas tendrás un frigorífico transportable en el que quepa un ciervo por lo menos. ¿Me ayudas, Dewey?

Éste se levantó.

—Cuenta conmigo, Mike, para todo lo que esté encaminado a hacer posible un positivo banquete.

Pasaron al taller-laboratorio del astrocohete, trabajando intensamente en la construcción de una especie de caja rectangular de gran tamaño, dotada, gracias a una pequeña pila atómica, de un fuerte mecanismo refrigerador.

Mike probó repetidas veces el funcionamiento del aparato.

—¡Estupendo! Fíjate que falta poco para lograr el cero absoluto… Con una temperatura como ésta, ¡me río yo de todas las descomposiciones prematuras!

Patrick se pasó la lengua por los labios.

—¡Casi me dan ganas de besarte, gordinflón! El día que tenga un buen filete en el plato, ¡palabra que no voy a saber por dónde empezar!

—Yo sí…

Salieron del laboratorio, cargados con la caja, sorprendiendo agradablemente a los otros.

—Me parece muy bien — dijo Benson—. Ahora no hay más que coger los rifles y largarnos en busca de un buen ciervo.

—¡Adelante!—se entusiasmó Garve.

—Yo prefiero quedarme.— dijo Dick Hardy-—. Porque uno de nosotros debe guardar al Explorador. No vaya a ser que esos tipos nos jueguen una mala pasada.

—Hardy tiene razón — apuntó Fred.

Arnold asintió, con un gesto de cabeza.

—Sí, es lo mejor… Pero cuando salgamos a casar una de aquellas preciosas rubias, seguro que nuestro amiguito no se quedará aquí a esperarnos.

—¡Seguro que no!—rezongó el interpelado.

Pero su sonrisa se acentuó cuando los vio alejarse y perderse entre, los gruesos árboles del bosque vecino.

Rápidamente volvió sobre sus pasos, apoderándose de todos los comprimidos que había en el armario de la sala donde comían. Poco le importaba que sus amigos le maldijesen; ahora, gracias al frigorífico de Mike, comerían carne y comprenderían que él iba a necesitar todas las raciones para llegar al lugar donde esperaba encontrar a Ymila.

Porque ése era su proyecto.

Había intentado, por todos los medios a su alcance, olvidar la existencia de la muchacha, pero sin lograr más que exasperar sus bajos instintos.

Ahora iba a buscarla.

Sin miedo, porque estaba seguro de que los Uman habían comprendido la potencia de los rifles de los terrícolas y no se expondrían, como Alman, a recibir en pleno pecho una de sus mortales descargas.

Recogió un cargador automático, además del que su arma llevaba y que le garantizaba cerca de dos mil disparos. Después, echando una ojeada a su alrededor, abandonó el astrocohete, dirigiéndose en dirección opuesta a la que habían tomado sus compañeros.

Estaba dispuesto a describir un amplio círculo, de unas cuantas millas, para evitar que los otros se apercibiesen de que les había abandonado.

Los vio desde una pequeña meseta, apercibiendo a Mike y Fred que iban cargados son el frigorífico…

No debían haber cazado nada porque Arnold y Patrick iban delante, con los rifles apercibidos.

Encogiéndose de hombros, Dick continuó su camino, avanzando a buen paso e internándose cada vez más en el bosque. Le llamó mucho la atención el no ver a ningún animal por aquel lado, ni pájaros en las ramas de los árboles;

pero olvidó en seguida aquello, concentrándose en el recuerdo de Ymila, que seguía preocupándole profundamente, más que ninguna otra cosa.

Pasó la noche junio a las colinas, tomando una de las pastillas y durmiendo en el suelo, ya que intentó encaramarse a lo alto de un árbol, rompiéndose las ramas al primer intento y dando con su cuerpo en tierra.

—¡Maldito planeta! ¡Ni que estuviese embrujado!

A la mañana siguiente encontró muy pronto el desfiladero, llegando poco después hasta una colina que dominaba completamente la ciudad de los «Uman».

—Se quedó con la boca abierta.

Grande como dos veces Nueva York, ofrecía el curioso aspecto de sus construcciones de una sola planta, con sus hermosos jardines en los que las casas parecían islotes níveos. El hombre miró arrobado aquella inmensa y a la vez sencilla ciudad, impresionado sinceramente.

Con los potentes prismáticos que llevaba contempló las primeras casas, estremeciéndose de emoción al ver a Ymila; no podía ser otra, saliendo de la ciudad y dirigiéndose hacia el desfiladero en cuya cima se encontraba él.

La siguió con los gemelos, experimentando una emoción creciente. Hasta que, sabiéndola ya relativamente cerca, abandonó su atalaya, bajando hacia el paso por donde ella debía andar en aquellos momentos.

Se acercó cautelosamente.

Al verla de cerca se percató de la pureza de sus líneas y de la femineidad que brotaba de cada una de ellas. Nunca, tenía que confesárselo sinceramente; había visto una criatura tan hermosa como aquélla. —¡Ymila!.

Ella se volvió, visiblemente sorprendida; pero la turbación de su rostro no duró más que un corto instante: una sonrisa agradable entreabrió ligeramente sus labios.

Él se adelantó, acercándose a ella:

—¡Ymila!

—No soy Ymila.

El estupor se reflejó en el rostro de Hardy, al que parecía mentira que se hubiese equivocado.

—¿Que no eres Ymila?

—No. Soy su hermana Azuma.

—¿Sois gemelas?

—No. Todas las muchachas de Pantar nos parecemos.

Él entonces vio, fijándose cuidadosamente, ciertos detalles que, en efecto, diferenciaban ligeramente aquella muchacha de Ymila; pero ambas poseían en igual dosis aquella belleza que tanto le impresionaba.

—¿Conoces a Ymila? — Inquirió ella.

—Sí. ¿No te ha hablado de mí y de mis compañeros?

—Un poco…

Hardy frunció el entrecejo.

—¿Mal?

—¿Qué quieres decir?

—Que si tú hermana habló mal de nosotros.

Ella le miró interrogativamente:

—¿Mal? ¿Qué es eso?

Una sonrisa de triunfo se pintó en el rostro de Dick. Empezaba a comprender, aunque vagamente, la esencia espiritual de aquellas criaturas, para las que el Mal era algo desconocido. Por eso no reaccionaron violentamente contra los terrícolas, ni cuando él disparó contra aquel estúpido brujo de Alman.

¡El camino se le antojaba mucho más fácil!

—Eres muy hermosa, Azuma… — dijo, mirándola fijamente.

Ella sonrió:

—Tú también eres hermoso, aunque te encuentro un poco raro con esos vestidos.

—¿Tienes esposo?

—No. ¿No te has dado cuenta de que mi túnica es blanca?

—¡Ah! Perdona, pero no lo sabía. He sido muy torpe.

—No tiene importancia. Cuando una de nosotras toma esposo, ha de llevar una túnica azul.

—¡Ymila la llevaba!

—Porque ella tiene un esposo: Ymar.

—¿Iba con ella cuando yo la encontré?

—No. Ymar está al otro lado del mar… en At-kemón.

—¿Qué es eso?

—Yo no lo sé. Apenas si puedo decirte la significación de esa palabra; «at» significa sin y «kemón» quiere decir explicación…

Dick sonrió, divertido.

—¡Pues me has dejado igual, Azuma! ¡Sin explicación! ¡Vaya enigma!

—Eso no debe preocuparnos, amigo…

—Me llamo Dick.

—Eso no debe preocuparnos, Dick. El «At-kemón» es el origen de la armonía. Y mientras gocemos de ella, nada más debe importarnos.

Él había puesto su mano, atrevidamente, sobre la de ella. Y Azuma no la retiró, bajando los ojos, arrobada.

—¿Dónde ibas, Azuma?

—A por carne para mi familia. Los «tetra» han debido dejarla en el sitio de costumbre, en el centro del bosque.

—¿Quieres que te acompañe?

Ni la palabra carne, que en cualquier otra ocasión le hubiese impresionado, le causó admiración alguna en aquel momento.

—Sí, puedes venir conmigo.

Y echaron a andar, cogidos de la mano, perdiéndose en el intrincado laberinto del bosque vecino.

* * *

—¡Nada!

Se volvió hacia los otros:

—¡Nada! ¡Ni un ave, ni un ciervo!—y mirando a Mike y Fred, que acababan de dejar su pesada carga, exclamó—: ¡Hemos perdido el tiempo, muchachos! sobre todo vosotros con ese frigorífico que no nos servirá para nada.

Miró rabiosamente a su alrededor, sin ver ni un solo animal.

—Este planeta— aseguró —está embrujado.

—¡No digas tonterías!—protestó Mike—. Lo que ocurre es que no tenemos cebo para atraer a los ciervos y también es posible que hayan huido de esta región.

—¿Qué vamos a hacer?—inquirió Fred Garve.

— Regresar—repuso Benson—. Tomaremos nuestras dichosas pastillas y volveremos a salir mañana, a ver si por otro lado tenemos más suerte. ¡En marcha!

Iniciaron el regreso hacia el astrocohete; pero apenas habían recorrido cien metros cuando Patrick, que iba delante, lanzó una exclamación:

—¡Mirad, muchachos!

Se adelantaron, contemplando los tres animales muertos que había, en medio del sendero.

Los contemplaron detenidamente.

—¿Os dais cuenta de que no están corrompidos?

—Sí—dijo Arnold, con desprecio—, pero no seré yo quien coma animales que seguramente han muerto de una enfermedad.

Su criterio se impuso y reanudaron la marcha; pero, a pesar de todo, estaban preocupados por aquella falta de corrupción que habían observado en los anímales.

—Terminaremos locos en este planeta — resumió Fred, cargado, en parte, con el frigorífico—. Matas un animal y se descompone en unos segundos; se muere, según Arnold, de una enfermedad y se conserva mejor que en el frigorífico.

Al llegar a la astronave dejaron el aparato en el exterior, ya que era inútil meterlo dentro. Después penetraron en el astrocohete.

Benson recorrió la astronave, percatándose en seguida de la desaparición de su compañero.

—¡Dick!—rugió salvajemente.

Y volviendo donde los otros le esperaban:

—¡No está Dick!

—¿Eh?

Guardaron un corto silencio.

Uno preguntó:

—¿No habrán venido los «Uman» por él?

—No sé—repuso sombríamente el capitán del Explorador; después, encogiéndose de hombros—: ¡Qué le vamos a hacer! Cerraremos la astronave y haremos guardia… ¡Saca las pastillas, Dewey! ¡Tengo hambre!

El otro obedeció, lanzando un juramento al ver que no había nada en el armario metálico empotrado.

—¡No hay raciones!— rugió.

Benson se precipitó, mirándolo todo, tirando los frascos vacíos al suelo, presa de una cólera tremenda.

—¡El muy perro! ¡Ahora comprendo! Por eso deseaba quedarse en el astrocohete… ¡Juro que le arrancaré la piel a trozos si tengo la suerte de echarle la mano encima!

Hubo una pausa.

—Pero — dijo Mike, al cabo de un rato—, por el momento nos hemos quedado sin víveres.

—¿Y si volviésemos a por esos animales muertos? ¿Qué os parece?

Todos miraron a Patrick, que había sido el autor de la sugerencia y que, convencido de la lógica de su razonamiento, continuó:

—Vamos… creo yo que mejor será comer algo que nada.

—¡Ese cerdo!—musitó Benson.

Y después de una pausa:

—Creo que Dewey tiene razón. Id por esa carne y la comeremos… aunque reventemos.

Durante tres días, profundamente admirados, comieron de aquella carne, que se conservaba sin necesidad de ser sometida al frío. Todos ellos la encontraron deliciosa y se dieron la primera noche, un verdadero banquete.

Cuando al tercer día se terminó, Mike descubrió, sorprendido, que había dos animales más junto a la astronave, llegando todos a la conclusión de que alguien los había dejado.

—No son tan malos como pensábamos, después de todo— dijo Cameron, cuya glotonería no terminaba nunca, pareciendo insaciable.

Pero de todos ellos Arnold era el que parecía descontento, sin que el alimento calmase su rabia; al contrario, la energía que le proporcionaba

aquella alimentación energética no hacía más que aumentar el impulso furioso de su ansia de venganza.

—¡Tendríamos que salir en busca de ese canalla!—decía constantemente.

Pero sus compañeros empezaban a acostumbrarse a aquella vida muelle, comiendo a sus anchas y no molestándose más que para ir en busca de agua al arroyo de la linde del bosque.

Ninguno de ellos deseaba empezar una aventura en la que con toda seguridad iba a faltarles el alimento.

Era muy cómodo saber que cada dos días había una nueva presa junto al astrocohete y que no había más que bajar por la compuerta, cogerla y llevarla, para despedazarla, a la magnífica cocina eléctrica del aparato.

¿A qué pedir más?

Por eso aquella tarde en que Arnold tiró el contenido de su plato al suelo, brutalmente, los otros tres le miraron entre sonreídos y enfadados.

—¿Qué tengo en la cara para que me miréis así, imbéciles?

Ninguno de ellos despegó los labios.

—¡Os estáis convirtiendo en unos cerdos asquerosos que no piensan más que en cebarse! ¿Es eso todo lo que deseáis?

Dio un formidable puñetazo en la mesa.

—¡Pues yo no estoy dispuesto a que me ceben como a un puerco! ¡Y ya estoy harto de esta carroña que nos sirven esos indígenas! Esta noche cazaré algo vivo, animal u hombre, eso no importa…

Y mañana, si vosotros sois tan gallinas como para quedaros aquí, saldré yo solo en busca de Hardy… ¡Quiero ver la cara que pone cuando lo mate!

Indudablemente, Benson estaba muy furioso y los otros comprendieron, sin necesidad de decírselo los unos a los otros, que lo mejor era guardar silencio. Así terminó aquella cena.

Pero nadie se retiró a dormir.

Un poco más tarde Benson apagó las luces de la cámara, abrió, el ojo de buey y dispuso un «flash» preparado para iluminar el exterior en el momento preciso.

Con el rifle apoyado en el borde de la ventana esperó pacientemente, sin conceder atención alguna a sus compañeros que, sentados ante la mesa, en plena oscuridad, detrás de él, esperaban, taciturnos y fastidiados por aquella noche de vela.

Nadie decía nada.

Las horas transcurrieron lentamente.

Fue casi a media noche cuando un ruido de pasos se dejó oír hacia la izquierda de la astronave, junto a la salida del bosque.

Benson dejó que los pasos se acercasen, pulsando el disparador del «flash», que iluminó la escena. Al mismo tiempo disparó dos veces

consecutivas.

—¡Ya los tengo!

Encendió los reflectores, al tiempo que sus compañeros se acercaban al ojo de buey.

Dos hermosos ciervos yacían, en el suelo, junto a los cadáveres de las presas que los hombres conocían ya.

¡Los traían ellos! se asombró Mike.

Se quedaron mirándolos… ¡viéndolos descomponerse a toda velocidad!

Y entonces Fred, que comprendió el resultado fatal de todo aquello, se volvió como una furia hacia Arnold:

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Ya no nos traerán más carne, estúpido!

Benson retrocedió prudentemente, dándose cuenta de que los ojos de Garve llevaban un mensaje de muerte.

Por eso disparó.

Fred se desplomó como una marioneta, con el tórax deshecho por la sacudida magnética del disparo.

CAPÍTULO VI


D era huésped de Alman. Su anfitrión le dejaba completamente libre, durante el día para que, en compañía de Ymila, recorriese la ciudad y la visitase a placer; pero, invariablemente, a la noche, y después de la cena, los dos hombres subían a la terraza, se sentaban uno frente a otro y charlaban largas horas.

Marric había hablado al «Uman» de la Tierra de su historia, de su vida, de la Humanidad entera, con sus peripecias, sus calamidades y sus grandes triunfos. —Como ves — le dijo aquella noche que, como de costumbre, se habían reunido en la terraza.-—, nuestro mundo es muy distinto al vuestro.

Alman sonrió:

—El nuestro también fue así…

—¿Como la Tierra?

—Sí.

—¿Es posible?

Alman entornó los ojos,

—Ahora ya puedes saber muchas cosas, Ed, ya que te preparo una agradable, sorpresa para dentro de unos días. Hace muchos siglos, milenios acaso, Pantar, al menos esta parte, estaba organizada, más o menos, como ese mundo vuestro al que llamáis Tierra. Las leyes biológicas eran ciegas y alimentaban no solamente los instintos naturales de los animales, sino el trasfondo de las reacciones de los humanos… como vosotros. Pronto verás cómo se llevó a cabo el trastrocamiento más enorme que jamás se ha intentado en parte alguna del universo…

»Nosotros, al hablar con vosotros, terrícolas, hemos tenido que dar a nuestras ideo-palabras un sentido semejante al de vuestro» lenguajes. ¿Sabes lo que significa Pantar?

—¿El nombre de vuestro planeta?

—Sí… En realidad y en nuestro lenguaje, Pantar se dice Ymorún; pero eso no tiene ninguna importancia. Nosotros lo hemos traducido, para vosotros como Pantar, palabra un tanto bárbara, compuesta de una raíz griega, «panto», todo, y del comienzo de una palabra latina: «amoris», amor…

—«¿El Amor en Todo?»

—Puedes traducirlo como quieras. También podías decir «todo Amor»; es igual. Pero ésa es la base de la armonía.

Ed sonrió.

—He oído muchas cosas en estos últimos días, pero ninguna tanto como «armonía». ¿Cómo se logró, pues?

—Eso lo sabrás, seguramente, mañana.

Y después de un silencio.

—¿Sigues saliendo con Ymila?

—Sí.

—¿La amas?

Marric no pudo evitar el sonrojarse; pero, reponiéndose rápidamente, contestó:

—Ymila tiene esposo… lleva túnica azul.

Alman movió la cabeza lentamente de un lado para otro.

—No. Ymila no está atada ya por lazo matrimonial alguno: su esposo ha muerto.

—¿Eh? ¿Muerto?

—Sí.

—Ella me ha dicho muchas veces que Ymar estaba en «At-Kemón», aunque no supo decirme lo que era eso.

—Es verdad. Ymar ha muerto allá, sacrificado en algo muy importante.

—¡Ella no lo sabe! Esta misma tarde hablábamos de él.

—He de decírselo.

—Es horrible; pero, ¿qué es «At-Kemón»?

—La fuente de toda la armonía.

—Perdona, Alman, pero no te entiendo.

El otro sonrió.

—Pronto entenderás. Mañana saldremos para «At-Kemón». Te reclaman allí, amigo mío… Te lo has merecido.

—¿Yo? Pero…, ¿por qué?

—Porque no llevas en ti la esencia de la destrucción, como los otros. Para ellos, para todos ellos, excepto uno que ha muerto, Pantar será un planeta implacable… un mundo hostil.

* * *

—¡¡Espera!!

Se había despertado poco antes, justo para ver como ella corría, locamente, alejándose por el sendero, como sí el mismo diablo la persiguiese.

—¡¡Espera!! ¡Eh, Azuma!

¡Qué rara era aquella muchacha!

Él se consideraba plenamente, dichoso y esperaba que, al despertar, en medio de aquel amanecer que se le antojaba maravilloso, hubiesen proseguido el camino de regreso, cargados con la carne que, ella había recogido y que le había hecho probar el día antes.

¡Carne!

¿Qué dirían sus compañeros del Explorador si supiesen que la gente de aquel planeta no se alimentaba, como pensaba Benson, de hierbajos?

Corrió tras ella, sin comprender el motivo de aquella inesperada y estúpida huida.

—¡Azuma!

No, no quería perderla.

Era demasiado hermosa para que se le escapase así, de cualquier modo, dejándole en una soledad, que nunca más podría soportar. Durante los largos años de viaje espacial, un hombre llega a acostumbrarse a todo, olvidando muchas cosas que, antes de la hora de la partida, le parece imposible olvidar.

Pero ahora era distinto.

La tenía a ella y no permitiría que se desvaneciese, como uno de esos hermosos sueños que se cortan en el momento en que uno daría la vida por que se prolongasen eternamente…

—¡Azuma!

Apretó el paso, sin dejar de sonreír.

Estaba seguro de que, por mucho que corriese la muchacha, no tardaría en alcanzarla; por eso, a pesar de lo inexplicable que la conducta de ella le parecía, Dick no perdió el entusiasmo.

Da todos modos, frunció el entrecejo al llegar a la parte baja de la ladera, no viendo a la joven por parte alguna; poco después, la atisbo corriendo hacia el calvero que habla un poco más abajo.

Hardy se lanzó entonces a una desenfrenada carrera, dispuesto a no perder más de vista a la muchacha; en efecto, momentos más tarde, la alcanzaba casi cuando ella desembocaba justamente en el calvero.

Fue entonces, cuando le separaban una docena de metros de Azuma, que las dos fieras aparecieron, lanzándose una de ellas sobre la joven y plantándose la otra ante el terrícola, que se detuvo aterrado.

Maldijo entonces el haber dejado el rifle allá arriba; pero su mal humor dejó paso al pánico que le produjo el ver cómo el otro felino — eran una especie de tigres, pero con piel anaranjada— despedazaba en un abrir y cerrar de ojos a la desventurada joven.

Después de matarla, el tigre se acercó a su compañero, sin haber probado la carne de su víctima. Con los ojos desorbitados, Hardy sintió que un frío sudor le empapaba el cuerpo, seguro de que su turno definitivo había llegado.

Pero las fieras se limitaron a rugir, obligándole a retroceder, pese a la inmovilidad de sus piernas, que parecían paralizadas, primero poco a poco; después, cuando comprendió finalmente que aquellos animales no deseaban más que se fuese, Hardy corrió como nunca lo había hecho.

Mas antes de iniciar la huida, tuvo tiempo de ver, detrás de los tigres, cómo el cuerpo de Azuma, reducido a pedazos informes… ¡se corrompía a una velocidad espantosa!

Nunca supo cómo llegó hasta el lugar donde había dejado el arma, cómo se apoderó de ella y cómo siguió corriendo, sin volverse, deteniéndose en lo alto de una loma desde donde veía claramente al Explorador.

Una infantil alegría se apoderó de él, haciéndole llorar histéricamente, con la esperanza de que allí, en el astrocohete, estaría a salvo de todos los horrores por los que acababa de pasar. Se sentía extrañamente cansado y no era la fatiga física del esfuerzo que había hecho al huir lo que le hacía sentirse sin fuerzas: era algo interno, como si la máquina de su cuerpo hubiese sufrido un tremendo golpetazo que hubiera cambiado la marcha de algún fundamental resorte.

Se quedó allí, largo rato, dudando en si seguir avanzando inmediatamente, buscando la protección de la astronave o meditar más si era aquello lo que verdaderamente le convenía.

Porque, a pesar del miedo que seguía experimentando ante la posibilidad de que los tigres no hubiesen hecho más que jugar con él, siguiéndole, y esperando la ocasión propicia para saltarle encima (todo era posible en aquel embrujado planeta), no olvidaba lo que había hecho a sus compañeros que, estaba seguro, no iban a recibirle con los brazos abiertos.

La noche le sorprendió en la colina, sin decidirse, esperando el nuevo día que le traería, al menos lo esperaba, la fuerza suficiente para llegar hasta el Explorador.

Fue un poco después, cuando se disponía a descansar un poco, cuando oyó el sigiloso paso de las fieras.

¡No se había equivocado!

Aquellos tigres no habían hecho más que dejarle escapar, momentáneamente, quizá mientras devoraban los restos de la muchacha, siguiendo después su pista, con la seguridad que tendrían comida asegurada cuando el hambre volviese a espolear sus insaciables entrañas.

El miedo le empujó a acercarse, a tientas — la noche era de una oscuridad impenetrable —, en busca de un árbol que le sirviese de refugio; pero, por dos veces consecutivas, cuando había logrado trepar hasta las primeras ramas, éstas se desgarraron, haciéndole caer violentamente al suelo.

Entonces vio los fosforescentes ojos de los carniceros que se movían cautelosamente en la oscuridad. Eran muchos más de los dos que esperaba y se escurrían tan rápidamente, apareciendo y desapareciendo a su alrededor, que se dio cuenta de lo inútil que sería disparar contra ellos.

Tenía que buscar un refugio.

Pero, cuando se disponía a hacerlo, se dio cuenta de que la tierra se había tornado pegajosa, como lodo, y que sus pies se hundían hasta cerca de las rodillas, en aquel légamo que le hizo pensar, con horror, en las arenas movedizas.

Inmovilizado por completo, no tuvo más remedio que resignarse a esperar la muerte que, tarde o temprano, le llegaría.

Las pupilas luminosas de los felinos se iban acercando más y más, pero no pasaron de un par de metros, dejando llegar hasta él el fétido aliento de sus fauces abiertas.

Era completamente imposible experimentar un pánico más horrible y una contracción del cuerpo tan dolorosa como aquélla. Hacía lo imposible por vencer el sueño y el cansancio que le proporcionaba su incómoda posición, manteniendo el rifle fuertemente apretado entre sus dedos, pero con la completa seguridad de que no lo usaría nunca.

Maldijo todo: el momento en que se decidió a convertirse en astronauta, impelido por la vistosidad de un uniforme que aumentaba su encanto hacia las mujeres; maldijo a sus compañeros, especialmente a Mike, cuyo error en los cálculos les había llevado a aquel planeta espantoso.

Y hasta se maldijo a sí mismo, mil veces, despreciándose hasta límites verdaderamente inauditos.

Fue casi hacia la mitad de la noche cuando un relámpago surgió de allá abajo, del lugar donde se hallaba el Explorador, seguido de dos disparos casi simultáneos:

Una loca esperanza se apoderó de él, dominando, por unos instantes, el crecer constante de su miedo. Creyó, casi desvariando, que sus amigos se estaban abriendo paso entre las fieras para venir a liberarle.

Y su voz sonó, ronca y suplicante al mismo tiempo, en medio de la quietud que siguió a los disparos que partieron del astrocohete.

—¡Corred: amigos! ¡Corred!

Pero su voz se perdió entre sus propios ecos y fue tornándose cada vez menos vibrante, más ronca, hasta que terminó apagándose, en una especie de prolongado y alucinante lamento…

* * *

Benson se despertó con un desagradable sabor de boca. Se sentó en su litera y encendió un cigarrillo mientras rememoraba los hechos de la noche anterior.

No le dolía haber matado a Fred, ya que estaba seguro que de no haberlo hecho, hubiese sido el otro el superviviente. Pero le molestaba la situación penosa en que había quedado con los otros; además, su furia contra Hardy no había disminuido un ápice.

¿Y Marric?

No había tenido mucho tiempo durante aquellos días para preguntarse lo que habría sido de Ed.

Y por mucho que intentó imaginarse muchas cosas distintas, tuvo que llegar a la conclusión de que, con toda seguridad, habría muerto en las manos de los furiosos «Uman».

Se encogió de hombros.

Las cosas iban perdiendo toda su importancia y no cabía hacerse ilusión alguna, ya que se encontraba en un callejón sin salida posible. Aquel mundo iba aumentando su hostilidad hacia ellos, haciendo que su desesperación creciese y deseando, posiblemente, que terminasen matándose los unos a los otros, presa de una locura que era el único camino que se les presentaba.

Se levantó, dirigiéndose hacia la cabina de mando. Desde allí, a través del ojo de buey, vio que los otros dos, Mike y Patrick estaban terminando de enterrar a Garve.

Los contempló en silencio, sin experimentar emoción alguna; después los vio recoger los dos animales muertos, que habían traído los otros que él mató, y cómo se dirigían hacia la rampa del astrocohete.

Momentos después estaban en la cabina de al lado y Arnold fue hacia allí. Los dos le miraron, sin decir nada. Parecían muy cansados y evitaron, en lo posible, que sus miradas se encontrasen nuevamente.

Patrick preparó carne y puso, sin decir una sola palabra, tres platos en la mesa. Aquello convenció a Arnold que daban por terminado el incidente de la noche anterior.

Comieron.

Después, cuando Benson encendió el cigarrillo, los miró, a través del humo de la primera bocanada;

—Ya sé que he cometido un error, muchachos, pero no creo, que sea motivo para que nos amarguemos más la vida.

Mike se encogió de hombros; luego se levantó y fue hasta la ventanilla, sobre cuya capa da plástico transparente puso su rostro; después, sin dejar de mirar hacia la lejanía, dijo:

—El problema, Arnold, es que ya no tendremos más comida.

—Ya lo sé—-repuso Benson—, pero yo os prometo encontrar una solución.

Patrick levantó el rostro:

—¡No te hagas ilusiones! Estamos definitivamente perdidos.

—Lo hemos estado desde que llegamos a este maldito planeta — repuso vivamente Benson—; pero, hasta ahora, bien o mal, hemos salido del atolladero.

—Olvidas que ha sido gracias a ellos. De no dejarnos esa comida junto al

Explorador, ya hubiésemos muerto.

—¿Se lo agradeces tanto, Mike?

El calvo se volvió, dejando ver la despreciativa expresión de su rostro:

—¡No, Benson, no se lo agradezco! ¡Les odio con toda la fuerza de mi alma! Porque nos han tratado como a animales en un parque zoológico, a los que se trae la comida cada mañana, para que sigan sirviendo do espectáculo. Y, además, lo que más me ofende es que hayan sido animales los encargados de darnos de comer.

—Han querido darnos a entender su desprecio—intervino Dewey.—¡Por eso hemos de hacer algo!

Mike se volvió hacia el ojo de buey, no diciendo nada más. Pero Patrick sonrió:

—¿Qué quieres hacer, Arnold? Ya has visto que nuestras armas no sirven para la caza y que hasta los árboles de este mundo nos han declarado la guerra. Yo, francamente, no veo ninguna solución práctica.

—Yo sí.

—¿Cuál?

Benson tardó unos segundos en contestar.

—Si pudiésemos llegar a la ciudad de la que nos habló aquel Alman, seguro que nos apoderaríamos de todo lo que quisiésemos, enseñando los dientes a esa gentuza— hizo una pausa; después, tristemente—, pero necesitamos provisiones para el camino. No sabemos dónde está, aunque podemos imaginar que, por lo menos, se encuentra al otro lado de las colinas.

—Pronto podrás saberlo, con toda seguridad, Benson.

Arnold miró a Mike, que seguía de espaldas, mirando hacia el exterior.

—¿Qué quieres decir, Cameron?

—Has de prometerme que te guardarás tu violencia en un bolsillo. Fíjate bien que no te hemos dicho nada de lo de Fred… Está enterrado y en paz… Pero ni Patrick ni yo consentiremos que eso se repita.

Benson tragó saliva.

—Está bien, Mike; queda prometido.

—Perfecto. Ahora ya puedes venir para que veas quién regresa.

Benson y Dewey se precipitaron, junto a su compañero.

—¡Es Hardy! — exclamó el segundo.

—¿Ese?—inquirió Benson, horrorizado—. ¿Ése es Dick?

—Ése —repuso Mike—. Un poco cambiado, pero lo conocería aunque tuviese mil años más.

Y se precipitó a la rampa, saliendo en busca del que regresaba.

Cuando Hardy entró en la cabina, su primera mirada, cargada de miedo, fue para Benson; pero la expresión del rostro de éste no reflejaba la menor ansia de venganza, sino un estupor sin límites.

Aquello terminó de tranquilizar a Dick, que se dejó caer en una de las sillas metálicas.

Todos le miraron, en silencio.

Les parecía completamente imposible que aquél fuese el hombre que, solamente unos días antes, había abandonado el Explorador. Porque el cambio que Dick Hardy había sufrido era verdaderamente espantoso.

Tenía la cabeza cubierta completamente de cabellos blanquísimos y el rostro arrugado y desfigurado hasta tal punto, que costaba lo indecible reconocer en aquellas facciones bastas y sensuales al hombre que con ellas había presumido de conquistador. Sus manos, como la totalidad de su piel, estaban igualmente cubiertas de arrugas, dejando ver el abultado curso sinuoso de las venas azules. También los dedos ofrecían nudosidades en las articulaciones, que los deformaban lamentablemente.

Él se dio cuenta de que le miraban y bajó la cabeza.

—Ayer tarde — dijo—, cuando me dirigía hacia aquí, era como antes, como vosotros me conocisteis… Pero he pasado la noche más larga y horrible de mi vida…

Y, sin levantar la cabeza, les contó todo lo que había pasado desde el momento en que salió del Explorador.

Al terminar su relato, levantó el rostro.

—Todo el planeta está contra nosotros… ya lo habéis visto. Hombres, animales, hasta la tierra que me agarró para que no escapase… Éste es un mundo hostil, amigos míos, un mundo del que jamás saldremos.

Pero Benson no le escuchaba apenas.

—¿Tienes las raciones, Hardy?

—Sí. Sólo tomé una vez… Ya os dije que la muchacha me hizo comer de esa carne.

—Sí, ya nos lo has dicho. Háblanos ahora de la ciudad. ¿Hay hombres armados que la defiendan?

—No. Los «Uman» desconocen la existencia de las armas.

—¡Estupendo!

—¿Qué piensas hacer?

—Dejarte descansar unas horas y ponernos en marcha hacia la ciudad. Aquí no hacemos nada y allá tendremos, al menos, comida en abundancia… ¡Ya verás cómo domó a esos indígenas! Es lo que debimos hacer desde el primer momento.

Hardy no se atrevió a decir nada, pero una especie de premonición espantosa le hizo estremecerse de pies a cabeza.

CAPÍTULO VII



NTRÓ Marric en la sala, viendo que Alman estaba ya allí esperándole.

—¿Preparado, Ed?

—Sí.

—Vamos a salir en seguida.

—Cuando quieras. Ayer no vi a Ymila y esta mañana sólo la he visto desde lejos… Llevaba una túnica morada.

—Luto.

—¿Le dijiste lo de su esposo?

—No.

—¿Entonces?

Alman bajó la cabeza.

—Azuma, su hermana, ha muerto.

—¿Eh? ¿Azuma? ¡Pero si la vi llena de vida hace sólo unos días!

—Sí. Salió en busca de alimento… y encontró a uno de tus compañeros: a Dick Hardy.

Ed sintió que las piernas le flaqueaban y miró, angustiosa e interrogativamente, al otro.

Éste asintió con la cabeza.

—Azuma huyó al darse cuenta de lo que había hecho; pero ya era tarde: estaba condenada y los animales del bosque la despedazaron.

—¡Pero si son seres pacíficos! ¿Cómo rompieron la armonía… y mataron, en contra de la ley?

—La armonía no la rompieron ellos, Ed: Azuma la había destrozado. Ellos no hicieron más que olfatear la impureza. A partir de aquel momento, la muchacha no era ya una «Uman», sino algo que había que destruir.

Ed estaba horrorizado.

—¡No hay derecho, Alman! ¡Ella no tenía culpa Alguna! Tú no conoces a Hardy y sus horribles tretas con las mujeres… ¡Es el hombre más repugnante que conocí jamás!

—Ya lo sé, amigo… Pero no debes juzgar nuestra justicia desde un punto de vista terrícola. Somos, no lo olvides, sólo semejantes… Hay mucho que ignoras aún; pero cuando hayas regresado de «At-Kemón», ya no te extrañará que Azuma corriese hacia su destrucción. Ella misma, si ahora pudiese, nos lo agradecería.

Ed no estaba convencido ni mucho menos.

—¿Y él? Siendo el mayor culpable, ¿qué castigo ha recibido?

—Uno horrible, amigo. Todo lo que él amaba más: su belleza física, ha desaparecido para siempre. Hardy se ha convertido en un viejo horrible, Que llorará mucho antes de que su muerte natural llegue. ¿No lo comprendes aún? Los «Uman no pueden matar… les está prohibido.

—¿Y Azuma?

—No hemos sido nosotros los que la hemos matado. La armonía está así dispuesta y ella debía desaparecer.

—De todos modos — se sinceró el joven— encuentro excesivamente cruel esa solución, Alman.

El otro puso una mano sobre el hombro del terrícola.

—Es posible que tengas razón, en cierto modo, Ed; pero, ¿es que los seres humanos, sea cualesquiera el planeta donde vivan, pueden ser perfectos?

—Es verdad. Me había dejado llevar, por un momento, de ese egocentrismo tan peligroso que tenemos las criaturas humanas.

—Ahora dejemos eso. Hemos de emprender el viaje. Vamos.

Atravesaron la ciudad.

Presa de ideas tremendamente contradictorias, Ed siguió a su compañero, que se detuvo a la entrada de una especie de gruta, cuya puerta metálica abrió con una llave que llevaba colgada al cuello, cerrándola cuidadosamente a sus espaldas.

Casi de inmediato una potente luz se hizo en el interior de la cueva.

Marric lanzó una exclamación de asombro.

Porque, allí, en el centro de una pista de cemento, había un avión de un tipo supermoderno, cuyo fuselaje brillaba intensamente.

Alman sonrió.

—¿Te extraña, eh?

—Mucho. Yo no podía pensar que vosotros, un pueblo que, después de todo, vive de una manera primitiva, tuviese estos adelantos técnicos.

No los tenemos, Ed. Este avión es algo completamente desconocido para los «Uman». Sólo yo conozco su existencia… ¿Sabrías pilotarlo!

—Creo que sí.

—El mecanismo es muy sencillo… Ven y veras.

Momentos más tarde, el aparate pilotado por Ed, que se maravilló ante la sencillez de su manejo, salía de la cueva, al otro lado de unas abruptas

montañas, elevándose rápidamente.

—No subas demasiado alto —le previno Alman.

—¿Por qué?

—No quiero que nos vean desde la ciudad. Ya te he dicho que desconocen todo esto,

—Bien.

El «Ulman» le dio el rumbo y Ed vio pronto que llegaban al final de las tierras, sobrevolando, momentos más tarde, un océano de aguas azules, cuyo fin no se veía.

—¿vamos al otro lado?

—Sí. «At-Kemón» está al otro lado.

Mil preguntas distintas acudieron a la mente de Marrie, pero se abstuvo en despegar los labios, ya que tendría tiempo de contestarlas todas.

Durante las seis horas que duró el viaje, no cambiaron más que algunos monosílabos sin importancia. Finalmente, después de llegar al borde del otro continente, descubrieron una gran ciudad de edificios enormes, cuyas cúpulas metálicas brillaban como si fuesen de plata.

—Debes aterrizar allí— dijo Alman, señalando un modernísimo campo de aviación.

Marric estaba maravillado.

Apenas había detenido el avión, cuando un vehículo se les acerco, pilotado por un hombre vestido a la moderna.

Descendieron del aparato y Alman se acercó al recién llegado.

—Hola, Krum.

—Hola, Alman… ¿es ése?

—Sí.

—Vamos. Nos esperan.

Ed se sentó junto a su amigo, en la parte posterior del coche. Atravesaron parte de la ciudad, cuyas calles estaban curiosamente desiertas. Todos los edificios se parecían y no poseían más que una puerta, estando las ventanas cuidadosamente cerradas.

Por último, el coche se detuvo ante un edificio en el que, después de abandonar el vehículo, penetraron los tres hombres.

El «hall» era inmenso y se dirigieron hacia la cabina de un ascensor que les llevó, veloz y silenciosamente, hasta la terraza, toda ella construida de material plástico transparente, lo que permitía una visión magnifica de la ciudad.

Marric se dio cuenta de que aquel edificio era el más alto de todos.

Pero su atención se dirigió, principalmente, hacia el grupo de hombres, todos ellos de una cierta edad, sentados alrededor de una mesa y presididos por uno, de rostro noble y cabellos canosos.

Se sentó, en unión a Alman y su acompañante, en uno de los asientos que estaban vacíos.

Luego hubo un silencio.

Ed se sentía inquieto y, al mismo tiempo, extraño en aquel fantástico lugar.

Por fin, el hombre que presidía la reunión y que no había dejado de mirarle, rompió el silencio.

Su voz era sonora y melodiosa.

—Ed Marric: conocemos ya el mundo del que llegasteis y eso ha hecho que, os tratásemos de una especial manera. Nosotros vimos vuestra astronave que, averiada, se precipitaba hacia Pantar. Gracias a nuestros aparatos magnéticos, evitamos una catástrofe e hicimos que el Explorador se posase en las Tierras del Continente Antiguo.

»Pero entonces no sabíamos nada de vosotros, ni de la parte del universo de donde precedíais. Vuestra similitud con nosotros nos hizo pensar que erais semejantes a nosotros en todo… esa fue, al menos, la opinión de Alman, que tuvo que modificar en seguida.

»Nosotros éramos — y somos, al menos los habitantes de este Continente Nuevo — como vosotros. También las gentes primitivas del otro Continente se nos parecían, forzosamente, viniendo de un tronco común.

»Pero mientras ellos vivían en un primitivismo casi completo, debido en parte a las especiales condiciones climatológicas de aquella parte de Pantar, nosotros evolucionábamos rápidamente, desarrollando una civilización muy semejante a la vuestra de la Tierra, con las consiguientes guerras y destrucciones en masa.

»Fue una verdadera suerte para todos que el Océano se mostrase poco propicio a la navegación, cosa que ha impedido siempre que construyésemos barcos. Porque has de saber que el mar de Pantar es de mercurio, lo que hace imposible moverse por su superficie. En cuanto al desarrollo de la aviación, tardamos demasiado, ocupados en nuestras guerras intestinas, en conseguir volar, cosa que favoreció, finalmente, al aislamiento del Continente Antiguo.

»Después, milenios más tarde, cuando las guerras nucleares terminaron con nuestra civilización, quedaron muy pocos, pero en todos ellos había el deseo ardiente de que jamás se repitiesen los horrores del pasado.

»De ellos descendemos nosotros.

Hizo una pausa.

—Fue por entonces cuando, en los primeros vuelos pacíficos, descubrimos, con el natural asombro, que las gentes del Continente Antiguo se habían desarrollado y que, aunque seguían viviendo de una manera ciertamente primitiva, seguían el camino que nuestros antepasados habían tomado: el de la violencia, el odio y la guerra.

»Nos dolió tanto aquello que no pensamos más que en solucionar aquel estado de cosas, soñando en la creación de un mundo, modificando lo ya

existente, en el que el Amor fuese la única ley que rigiese, los destinos de lo vivo.

»Poseíamos una ciencia que nuestros antepasados nos habían dejado. Y empezamos a trabajar sin descanso, buscando solución a los innumerables problemas que nuestro deseo nos planteaba.

»Pronto descubrimos que la herencia era la responsable directa de la transmisión de los instintos fundamentales de cada especie y que, sublimados en el hombre, gracias a su inteligencia, degeneraban en pasiones y vicios sin cuento.

»A partir de aquel momento, capturamos seres de todas las especies del Continente Antiguo, empezando a variar el contenido de sus cromosomas.

—¿Injertos genéticos?— inquirió Ed.

—Sí. Todo dependía de la posición de ciertos genes. La vida, desde su creación, se había visto obligada, para subsistir, a organizar los genes de forma a garantizar la supervivencia de cada especie, sin tener en cuenta las otras. Por eso el animal mataba para comer o devoraba, destruyéndolos, los vegetales que le servían para vivir. Había en los genes de los cromosomas una «disarmonía» espantosa.

Esa fue nuestra labor, amigo. Poner armonía donde no la había y hacer desaparecer, en cierto modo, unos instintos que bien enfocados podían servir para que el Continente se convirtiese en lo que es: un mundo de paz.

Ed estaba sinceramente maravillado.

Ahora se explicaban muchas cosas que, hasta entonces, habían estado oscuras para él.

—Era una manera de pagar—prosiguió el otro.— todo el daño que habíamos hecho, que nos habíamos hecho en el pasado. Comprendemos perfectamente que nuestro mundo no es el ideal, pero lo consideramos mucho más humano que el otro, en el que las pasiones lo dominaban todo.

—¿Y Alman? ¿Qué papel juega en todo esto?

—Alman es uno de los nuestros. Cada cincuenta años, aproximadamente, mandamos un nuevo inspector al Continente Antiguo.

—Ya comprendo… Por eso Alman no murió al ser atacado por Hardy.

El Presidente sonrió tristemente.

—-Alman está muerto en cierto modo.

—¿Eh?

Y se volvió, espantado, hacia su amigo.

Éste asintió con la cabeza.

—Es verdad, Ed… Nosotros no estamos protegidos contra la muerte violenta. Sólo una vacuna especial prolonga nuestra vida, cuando ésta, como la mía, está ya prácticamente destruida. Es un suero que prolonga un poco más una existencia que ya no nos pertenece…

—Alman dice la verdad — intervino el de los blancos cabellos—. Su vida se está terminando… y ése es el motivo de que te hayamos deseado conocer.

»Tú has sido la excepción de la regla: algo que nos ha hecho concebir la posibilidad de que tu raza no siga el destructor camino que siguió la nuestra.

—Si en algo puedo serviros…

—Sí. Tú eres el eslabón que buscábamos en nuestro afán de llevar el bienestar y la paz del Continente Antiguo a todos los planetas del Universo. Queremos ayudar a los hombres a defenderse contra ellos mismos… Y sólo tú puedes hacerlo.

—¿Cómo?

—Ya lo verás. Antes de que vosotros llegaseis a Pantar, nosotros habíamos empezado un experimento con Ymar, el esposo de Ymila, que reunía especiales disposiciones para ello; pero, por desgracia, un error de cálculo hizo que las modificaciones genéticas se torciesen, dando como producto un verdadero monstruo… al que nos vimos obligados a eliminar.

—¿Y queréis repetir la experiencia conmigo?

—Sí.

—Estoy dispuesto.

—Lo sabíamos. Es un sacrificio que te imponemos, ya que serán los hijos de tus hijos o los nietos de éstos, el tiempo carece de importancia, los que irán a dar un poco de paz a los habitantes de otros mundos.

—¿Y mis compañeros?

—Tú mismo has do dictar su suerte y su destino.

Hubo una larga pausa.

—¿Por qué no los dejamos que regresen a la Tierra?

—Como quieras. Vuestro Explorador está fuera de uso; pero fabricaremos otro astrocohete igual, para que tus semejantes regresen a su Sistema.

—Está bien.

Se levantaron y el viejo Presidente se acercó a él.

—Sólo deseamos que tu sacrificio sirva para algo, hijo mío.

—Yo estoy seguro de que servirá. Después de todo, la esencia de los humanos no es mala y hay mucho aprovechable en ellos; pero tienes razón, Anciano: sólo la armonía puede llevar paz a los corazones.

Y salió tras ellos, dirigiéndose a los laboratorios.

Alman, que también iba en la comitiva, cayó de rodillas, de, repente, desplomándose después en el suelo.

Cuando Ed se precipitó sobre él, arrodillándose a su lado, ya era demasiado tarde.

Había muerto.

CAPÍTULO VIII



VANZARON a marchas forzadas, siguiendo las instrucciones de Hardy, que era el menos entusiasmado de ellos.

Durante los dos días que tardaron en pasar las colinas, se alimentaron exclusivamente con las pastillas de las raciones químicas que Dick les había devuelto. La marcha se hizo cautelosa y silenciosa a medida que se acercaban al desfiladero.

Hardy les explicó todos los detalles de la situación de la ciudad, así como de sus entradas, facilitándoles datos sobre la manera de entrar en ella.

Después de atravesar el desfiladero, penetraron finalmente en una de las amplias calles que, en aquel momento, estaba completamente desierta. Gracias a aquello, pudieron escoger una de las casas, pasando por el jardín y, finalmente, penetraron en ella.

Como todos los edificios de la ciudad, aquél constaba de una gran sala de recepción, que al mismo tiempo servía de comedor y en la que desembocaban el resto de las habitaciones.

Una familia — los padres y tres hijos, uno de ellos hembra—estaba allí y todos ellos volvieron la cabeza hacia la puerta cuando los cuatro terrícolas penetraren bruscamente en la estancia.

No parecieron, sin embargo, manifestar alarma alguna y sonrieron, ofreciendo asientos a los recién llegados.

—Os doy la bienvenida — dijo el padre.

La vista de los alimentos cortó los impulsos violentos de los hombres que, una vez acomodados, empezaron, sin más preámbulos, a devorar la exquisita carne que habla en los platos.

Los otros los contemplaban en silencio.

Mike, el glotón, fue el primero en terminar su ración.

—Quiero más—dijo, mirando a la mujer.

Ésta sonrió.

Salió de allí y segundos más tarde regresó con una fuente llena de comida.

Prosiguieron devorándolo todo, sin cambiar más que algunas miradas entre

ellos; pero, de repente, al ir a servirse nuevamente, por tercera, vez, Mike lanzó una exclamación con asombro:

—¡Eh, muchachos, fijaos en esa fuente!

—¿Qué quieres decir?

—O estoy loco, o ese cacharro es de oro macizo.

Y para demostrarles que tenía razón, levantó la fuente, sonriendo triunfalmente.

—¡Cómo pesa!

La fuente pasó de mano en mano y todos ellos pudieron comprobar que lo que había dicho Camerún era cierto.

Benson levantó la cabeza, mirando al jefe de familia:

—¿De dónde habéis sacado esto?

El hombre sonrió:

—Lo hizo mi padre. Tenemos muchas igual… Todo el mundo tiene fuentes como ésa en la ciudad.

Arnold se pasó la lengua por los labios.

—¿Os dais cuenta de nuestra mala suerte?

—¿Por qué? — inquirió Patrick.

—Porque hemos descubierto esto cuando no hay posibilidad de llevárnoslo a la Tierra… ¡Qué fatalidad!

Los ojos de los terrícolas brillaban intensamente, mucho más que el oro de la fuente que Arnold seguía acariciando entre sus manos.

—¡Si pudiésemos arreglar el astrocohete!

Benson se volvió hacia Dick, que era el que había hablado.

—No sueñes, Hardy; pero, de todos modos y por si algo fuese posible alguna vez, más valdrá que vayamos controlando todo lo que tenga valor.

—¿Qué quieres decir?

Arnold bajó la voz:

—¿Creéis que sería demasiado difícil hacernos los dueños de esta ciudad? Todavía no sabemos nada de ella y es posible que encontremos hombres capaces de forjar un nuevo transmisor para el Explorador.

Hardy entornó los ojos.

—Creo que el que sueñas eres tú, Arnold.

—No lo creas. ¿Habéis olvidado lo que nos dijeron en la Escuela de Astronáutica? Si se pudiesen hacer las piezas del transmisor de un astrocohete de oro puro, su resistencia sería formidable… ¿Lo recordáis?

—Sí.

—Esta gente es capaz de hacer platos y fuentes... Si les proporcionamos los moldes necesarios, serán igualmente capaces de irnos fabricando las piezas del transmisor, que nosotros montaremos con una doble alegría: la de

irnos de aquí y la de, a la llegada a la Tierra, desmontar el transmisor y convertirlo en dinero…

—¡La idea es formidable!

—Sin embargo…

Arnold miró a Hardy, cuyo rostro se habla ensombrecido.

—¿Qué te ocurre?

—Creo que olvidas algo, Arnold… Esta gente es completamente distinta a nosotros y jamás les harás trabajar, porque es imposible ordenarles nada. Su vida está completamente organizada y tampoco podrás utilizar la fuerza.

—¿Qué significan todas esas tonterías, Dick? Creo que has olvidado algo importante: las armas.

—No conseguirás nada.

Sonrió cruelmente.

—Eso es lo que vamos a ver.

Y levantando la voz, los «Uman» se habían retirado un poco, como si no deseasen molestar a sus huéspedes, se dirigió al padre.

—¿Dónde fabrican estas fuentes?

—En los hornos.

—¿Qué otras cosas se hacen allí?

—Objetos de adorno.

—¿Y de dónde se extrae el mineral?

—De las colinas.

—¿Hay mucho?

—Mucho. Nunca se acabará.

Arnold sonrió.

—Desearíamos visitar los hornos. Pero antes quisiéramos conocer a vuestro jefe.

—No está en la ciudad.

—¿Quién es?

—Alman.

Hardy palideció, mordiéndose los labios.

—¿Alman? ¿No ha muerto? — inquirió Dick, al cabo de unos penosos instantes de silencio.

—Alman no puede morir.

Arnold frunció el entrecejo.

—¡Ya te lo decía yo! —exclamó Hardy, nerviosamente—, ¡Son inmortales!

Benson le fulminó con la mirada.

—¡Calla, estúpido! ¿No nos dijiste que la muchacha fue destrozada por los tigres?

Y mirando al «Uman».

—¿Vosotros tampoco morís?

—Sí. Nosotros somos diferentes. Alman vino de «At-Kemón»: por eso no puede morir…

—¿Qué es eso?

—«At-Kemón» es lo desconocido,

Benson sonrió.

—Está bien. ¿Quieres acompañarnos a los hornos?

—Sí.

—¡Vamos, muchachos!

Los hornos estaban en las afueras de la ciudad, al otro lado. Para llegar allí fue necesario que atravesasen calles y calles, repletas de gente que, si bien los miraba con curiosidad, no dijeron ni hicieron nada.

—¿No os dais cuenta? — inquirió Arnold—. Son incapaces de la menor reacción. Ellos deben saber lo ocurrido con la muchacha que mataron los tigres, pero no tienen intención de vengarla.

—No comprenden el mal — musitó Hardy.

—¡Mejor que mejor! Si fuesen como nosotros, hubieran acabado con todos nosotros en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando penetraron en el horno, vieron que se trataba de un taller muy completo donde trabajaban cerca de un centenar de hombres. Su jefe, un «Uman» llamado Akor, salió a recibirlos, saludándolos con simpatía.

Arnold fue directamente al grano:

—Queremos que nos hagáis unas piezas para nuestra nave del espacio. Porque supongo que sabrás quiénes somos.

—Sí. Sois los hombres que llegaron del otro lado del cielo… pero no puedo hacer nada para vosotros.

—¿Por qué?

—La armonía prohíbe fabricar objetos que no sean los dictados por Alman. Si éste autoriza lo que pides, haremos lo que él mande.

—Pero Alman no está aquí.

—Ya lo sé. Tendréis que esperar a que él venga.

Arnold cerró los puños.

¿Esperar a Alman? ¡Valiente estupidez! Suponiendo que siguiese vivo, después de la descarga magnética que Hardy le había disparado en pleno pecho, jamás consentiría a que sus enemigos se le escapasen.

Porque, indudablemente, el tal Alman era un tipo inteligente que valiéndose de las más absurdas supersticiones, que seguramente había metido en la cabeza de aquellos simples, se convirtió en el dueño de todo aquello.

—No, no puedo esperarle.

—Lo lamento.

La cólera de Benson estalló.

—¿Es que no me entiendes, imbécil? Lo que quiero decirte es que vas a ponerte a trabajar ahora mismo… ¡Ahora mismo!

—Lo lamento — remitió el otro.

Pero fue lo último que dijo.

Arnold disparó a bocajarro.

La explosión y la llamarada hicieron que los hombres, que desde sus lugares de trabajo contemplaban la escena, palideciesen intensamente. Algunos de ellos gritaron y muchos se precipitaron para ver cómo el cuerpo de su jefe se descomponía velozmente.

Era la primera vez en vida que veían el final de uno de ellos, en manos de una muerte violenta.

—¡Atrás! — rugió Benson, esgrimiendo su rifle magnético—. ¡Atrás o haré lo mismo con todos, vosotros!

El miedo se leía claramente en sus rostros.

Y no era el miedo a la muerte en sí, que todos ellos conocían como un final tan lógico como sereno: era el pavor a aquella manera de terminar, contra la que se rebelaban sus más ocultos instintos.

—¡Atrás!

Obedecieron prestamente, y Benson se dio cuenta de que había ganado la partida. Así, acercándose a uno de ellos, preguntó:

—¿Cómo te llamas? —inquirió, apuntándole con el rifle.

—Serok… — balbució e! otro.

—Tú vas a ser el nuevo jefe.

—¿Yo?…

—¿Quieres morir como ese estúpido?

Serok temblaba como una hoja.

—No… no quiero morir de esa manera.

—Entonces no tienes más que obedecernos. Manda seis hombres, a los que uno de los míos acompañará, para desmontar la pieza que quiero me hagáis. ¿Entendido?

—Sí. Estoy dispuesto a obedecer.

Benson se volvió hacia sus amigos. Una sardónica sonrisa Iluminaba diabólicamente su rostro.

—Ve con ellos, Mike… Y no dudes en disparar si las cosas no van a tu gusto. Yo voy a empezar aquí otro trabajo.

—¿Qué piensas hacer?

—Obligar a que me entreguen todos los objetos de oro que hay en la ciudad. Voy a cargar el Explorador hasta los topes.

*   *   *

El entierro de Alman hizo posible que Ed visitase el gigantesco mausoleo doñee eran enterrados los enviados que mandaban desde aquella fantástica Ciudad al Continente Antiguo.

Supo así que todos ellos se llamaban Alman y que esta palabra significaba, literalmente, «enviado».

Cuando los funerales terminaron, el Presiden le tomó del brazo al terrícola.

Ahora debemos ir al laboratorio.

Era una instalación como Marric no había visto jamás y que no tenía igual en las instalaciones semejantes de la Tierra.

Todos los miembros de aquel Consejo se sentaron alrededor de una gran mesa, empezando a discutir el procedimiento genético que iban a emplear con Ed para convertirle en un nuevo Alman.

Pero Marric no les escuchaba apenas.

Algo había cambiado, desde la muerte de su amigo, sin que supiese explicarse por qué. Muchas cosas de las que había hecho causa de fe, impelido por su juvenil entusiasmo, se derrumbaron ahora, tan estrepitosamente, que le parecía mentira que horas antes hubiesen constituido casi su razón de ser.

De aquel tremendo naufragio espiritual, sólo quedaba una cosa: su amor por Ymila, que había salido indemne de la catástrofe que había hecho que el resto se desplomase.

Su estado de ánimo hizo que mirase a aquellos hombres, reunidos a su alrededor, y cuyas palabras escuchaba apenas, de muy distinta manera a como lo había hecho en la reunión anterior.

¿Qué le pasaba?

Era como si una potente luz se hubiese abierto en su alma, esclareciéndote todas las cosas de golpe, haciéndole ver nítidamente lo que hasta entonces había contemplado a través de una especie de pasión meramente intelectual.

Por eso, cuando el Presidente se dirigió concretamente a él, con una sonrisa en les labios:

—Todo está dispuesto, amigo… Podemos empezar.

Él, poniéndose en pie, miró fijamente a aquel hombre:

—No, no lo haré.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque acabo de darme cuenta de muchas cosas. He vuelto, afortunadamente, a ser sencillamente humano.

—¿Qué quieres decir?

—Que acabo de descubrir vuestro gran error, amigos. Y no es que quiera decir que vuestros propósitos no hayan sido dictados por la bondad, por el ansia de librar a los humanos y a los no humanos de la crueldad de unas leyes

biológicas; pero habéis olvidado algo fundamental: que vuestras criaturas no son naturales.

—¡Lo son a nuestro modo!

—Por eso son más imperfectas que las otras.

—¿Eh?

El asombro se pintaba en todos aquellos venerables rostros. Indudablemente, se negaban a dar crédito a lo que estaban oyendo.

—Yo no soy más que un hombre — dijo Ed, con vehemencia, pero estoy orgulloso de serlo… sencillamente. Ya sé que mis cromosomas llevan uta herencia turbia, que hay pasiones en mi alma y que lo bueno y lo malo lucha constantemente en mi espíritu; pero, ¿qué sería de mi vida sin esa lucha? ¿qué objetivo tendría mi existencia si no fuese el de superarme a cada momento?

»!Mirad esos criaturas de las que estáis tan orgullosos! Sin voliciones, sin deseos, buenos o malos, que encausar, habéis hecho una humanidad anodina, absurda, cuya finalidad es sólo vegetar esperando una muerte que siempre es igual: ¡No son humanos! En la Tierra, los hombres de ciencia han creado máquinas, de aspecto remotamente humano, que cumplen mil tareas distintas… Nosotros los llamamos «robots»: son simples máquinas… ¡Eso son vuestras criaturas: «robot*», máquinas, ruedas dentadas de la más absurda máquina!

»¿Y queréis hacer de ese modelo la copia en todos los mundos habitados? ¿No se dan cuenta de que es una ficción estúpida, que habéis arrancado del alma de esos seres el don más precioso, el más valioso de todos?

—¿Cuál es, según tú?

—El libre albedrío, lo que da al hombre su libertad, lo que le aleja del mero concepto de la materialidad, lo que le empuja a morir por una causa ilógica, a pasar hambre por repartir su escasa comida con los semejantes, lo que le hace amar algo con más intensidad que a sí mismo…

»¿Cómo os habéis atrevido a remedar algo cuyo profundo destino ignoráis por completo? ¿Creéis que esas criaturas anodinas, que esos animales sin instintos pueden significar algo en el orden del universo? Sólo matando el alma puede conseguirse seres así, que son insensibles como piedras. Porque, si bien les habéis hecho desconocer el mal, les habéis privado, al mismo tiempo, de, amar el bien…

—¡Eso no es cierto! ¡Viven en el bien!

—¡No seáis necios! El mal y el bien son dos polos distintos, opuestos, antagónicos… Quitad el uno y arrancaréis de cuajo el sentido del otro, que carecerá de todo valor. Sí la noche se hiciese eterna, como en los espacios siderales, ¿qué significación tendría un desconocido e ignorado día?

—¿Quieres que los «Uman» vuelvan a pelear como lo hicieron nuestros antepasados? ¿Qué se desangren en guerras inútiles? ¿Qué se odien?

—¡¡Si!!

Le miraron, horrorizados.

—Sí. Deseo que peleen, que luchen, que se odien, hasta que sepan, por sí mismos, que deben amarse, que no deben pelear. Pero quiero que lo consigan sin necesidad de que se arranque de ellos lo que les pertenece. Que marchen por el camino de abrojos que es la vida, que sepan distinguir el bien del mal… ¡Que sean hombres, en el más completo sentido de esta hermosa palabra!

»¡Devolvedles su libertad!

—No.

Ed sonrió.

—No importa. Tarde o temprano, ellos lo conseguirán. Porque nadie puede torcer impunemente el curso de la vida: su devenir es inmutable, y entonces, cuando despierten de esa especie de estúpido letargo en el que los habéis sumido, os odiarán y maldecirán, porque se darán cuenta de que les habéis robado lo más precioso para una criatura humana: la libertad.

—Eso quiere decir que deseas regresar con los tuyos.

—Sí. Ellos son malos, torpes, envidiosos, ambiciosos… pero son humanos. Pueden pensar y escoger.

El Presidente bajó la cabeza.

—La astronave estará dispuesta inmediatamente. Un hombre como tú no tiene cabida entre nosotros.

CAPÍTULO IX



E llamaba Iluk.

Serok, el nuevo jefe del horno, le había confiado el mando del grupo de obreros que debía acompañar a aquel terrícola regordete y calvo.

Hicieron el camino rápidamente, en medio de un silencio completo.

Pero Iluk estaba inquieto.

Había visto la muerte de su antiguo jefe y miraba con curiosidad el terrible rifle que el terrícola llevaba. La idea de poseer una tal potencia le quemaba interiormente, con un fuego que no había sentido nunca hasta aquel momento,

La caída del jefe de los hornos había despertado en él nuevas ideas, sentimientos surgidos de lo más hondo de su ser y que se iban apoderando rápidamente de su espíritu.

Por eso, sintiendo una imperativa llamada, se colocó al lado del terrícola, espiándole detenidamente, vigilando sus movimientos, sin perderlo de vista un solo instante.

Hasta que se decidió.

Su ataque fue tan inesperado, que Mike no se dio cuenta más que cuando el otro le había arrancado el rifle de las manos… y le apuntaba con él.

—¿Eh? — no pudo por menos de exclamar.

Pero Iluk no era ya un simple «Uman», sino un nuevo hombre, dueño de un arma poderosa: un ser en el que, de golpe, la fuerza de los instintos volvía a cobrar carta de naturaleza.

—¡Ahora mando yo!—rugió.

Los otros, sus compañeros, le observaban con los ojos muy abiertos, no comprendiendo al principio lo que le podía ocurrir a Iluk, asombrados hasta un extremo indescriptible.

Pero aquello no duró mucho tiempo.

Otro de ellos miró fijamente el arma, dándose cuenta de que aquello había convertido a Iluk en un jefe, en un ser poderoso al que había que obedecer, so pena de morir.

Iluk vigilaba al terráqueo, que se había quedado mortalmente pálido. Por

eso, el «Uman» no se dio cuenta de que su compañero se había apoderado de una piedra y, dando lentamente la vuelta, se colocaba a su espalda.

Fue algo rapidísimo.

Iluk cayó al suelo con el cráneo destrozado y su enemigo se apoderó velozmente del rifle. Pero no tuvo tiempo de sonreír triunfalmente, como ya había empezado a hacerlo.

¡Porque todos los otros «habían despertado a la vida de los instintos»!

Fue una salvaje lucha, a muerte, sin piedad, por la posesión del arma. Y Mike, que no esperaba más que eso, salió corriendo hacia la colina tras la que estaba la astronave, seguro de llegar antes al astrocohete que volver a la ciudad, posiblemente perseguido y alcanzado por el que resultase vencedor.

Acababa de llegar a lo alto de la pequeña colina cuando lanzó una exclamación de asombro.

¡Había dos astronaves!

Dos «Explorador», completamente idénticos, el uno al lado del otro. Por un momento su mente fue un verdadero caos; pero, reponiéndose y recordando el peligro que podía llegar detrás de él de un momento a otro, siguió corriendo, reconociendo, al acercarse, al viejo Explorador, en cuyo interior penetró a toda velocidad.

Después de cerrar la compuerta, buscó un arma, encontrando rifles en la armería de a bordo.

Apenas se acercó al ojo de buey vio al indígena que, con el arma en la mano, avanzaba hacia las naves del espacio. Mike sonrió, ya que aquel infeliz no podía imaginarse la sorpresa que le esperaba.

En efecto.

Bajó el plástico del ojo de buey, apuntando cuidadosamente a la silueta que crecía por segundos en su punto de mira; después, cuando consideró llegado el momento, apretó decididamente el gatillo.

El «Uman» se desplomó sin vida lanzando un ronco grito.

Cameron no perdió el tiempo.

Salió del astrocohete, apoderándose del rifle que yacía junto al cadáver; pero la sorpresa le enmudeció al darse cuenta de que aquel cuerpo, en contra de lo que había visto hasta entonces… ¡no se descomponía!

Volvió después junto al otro Explorador, penetrando en su interior y recorriéndolo con una emoción indecible. Cuando poco después se dio cuenta de su magnífico estado y de que el transformador estaba en perfectas condiciones, dio un salto de alegría, imaginándose la cara que pondrían sus compañeros al conocer la noticia.

Ahora no debía temer nada, ya que ningún «Uman» estaba armado. Así que, después de cerrar cuidadosamente el nuevo astrocohete, se dirigió tranquilamente hacia la ciudad.

* * *

—¿No has notado nada, Benson?

Arnold se volvió hacia Hardy, sonriendo.

—¿Decías algo, Dick?

—Que si has notado algo en la actitud de estos tipos. Fíjate que empiezan a mirarnos con rabia.

—¿Y eso qué? Mientras sigan trayendo cosas de oro, me importa un bledo lo que piensen; yo no miro a sus caras, sino a los kilos de metal que se están amontonando aquí. ¿Te das cuenta de la riqueza que poseemos ya? ¡Podríamos fundir tres transmisores como los del Explorador!

Pero Hardy no le escuchaba.

Él veía las cosas de otro modo y apenas si miraba al montón enorme de objetos que ocupaba ya parte, de la estancia.

Se fijaba en los roseros.

Y éstos, indudablemente, hablan perdido aquel aire de bondad que él conocía tan bien. En los ojos, donde no se leía más que la comprensión, brillaba ahora una luz extraña, rebelde, que estaba muy cerca de parecer odio.

Patrick ayudaba a Arnold a colocar los objetos, y, como él, no tenía ojos más que para el metal.

El primer incidente estalló poco después, cuando un grupo de «Uman» penetró en la antesala del horno. Benson les miró, sobre tocio sus manos vacías.

—¿Qué queréis? — inquirió, con voz áspera.

—Ya no hay más oro.

—¿Eh? ¿Me habéis tomado por tonto?—se volvió y señalando cuanto allí se amontonaba añadió—: ¡Aquí no hay ni la centésima parte de lo que corresponde a una ciudad como la vuestra!

—Ya tenéis bastante.

Benson no se dio cuenta, como Hardy, del fatal significado de aquella respuesta. Para Dick las cosas estaban tremendamente claras, ya que los «Uman» no habían sentido jamás la avaricia y ahora defendían algo a lo que nunca dieron importancia.

¿Qué cambio se estaba produciendo en aquellos seres?

—Si tenemos o no bastante — rugió Arnold— es cuestión solamente nuestra. Vosotros no tenéis, más que obedecer, a menos de que queráis que empecemos nuevamente a manejar los rifles.

El que parecía llevar la voz cantante sonrió.

—Puedes empezar a disparar. Toda la ciudad está fuera, esperando que lo hagas para lanzarse al asalto del horno. ¿A cuántos podrás matar? Eso no tiene importancia, ya que nunca podrás eliminar a todos.

Dewey, que no había perdido ni una sílaba, se asomó a una de las

ventanas, palideciendo intensamente.

—Es verdad, Benson—dijo, acercándose al otro—. Estamos completamente rodeados.

Arnold se mordió los labios.

Su ambición luchaba desesperadamente por imponerse a la lógica. Había soñado con cargar el Explorador hasta los topes, dejando solamente el espacio preciso para ellos y llevándose la mayor cantidad posible de oro.

Pero las cosas se torcían visiblemente.

Se dio cuenta de que no tenía más remedio que ceder.

—Está bien —dijo—. Haremos lo posible para arreglarnos con lo que habéis traído… ¡Fuera de aquí!

Pero ninguno de ellos se movió.

—¿Qué demonios esperáis? — gritó, con irritada furia.

—Venimos a recoger todo lo que nos habéis robado. Son cosas que pertenecen a nuestras familias y no estamos dispuestos a dejaros nada.

Arnold se dio cuenta de que había hecho mal en mostrarse comprensivo, señal inequívoca de una debilidad que los otros estaban dispuestos a aprovechar.

Debía haberse impuesto, a pesar de las amenazas de aquellos tipos, no escuchando las palabras cobardes de Patrick, que se había asustado al ver al gentío que habla fuera.

¿Qué podían aquellos estúpidos contra los rifles magnéticos? Cada uno de ellos tenía cerca de mil disparos y no iban a cansarse en disparar… ¡de eso podían estar tranquilos!

Así, sin pensarlo más y sin responder a lo que el «Uman» había dicho, disparó repetidas veces, cubriendo de cadáveres la puerta de la sala.

—¿Qué haces? — gritó Hardy, aterrorizado.

—¡Calla, imbécil!

Y siguió disparando.

Pocos lograron escapar y la entrada de la estancia quedó completamente tapada por los cuerpos de los que, al intentar huir, fueron cayendo los unos sobre los otros.

Cuando no quedó ningún «Uman» vivo, Benson se volvió hacia sus dos compañeros.

—¡Vosotros sois responsables de que nadie entre aquí! Tú, Hardy, ponte junto a la ventana y abre fuego contra el que intente acercarse; tú, Dewey, haz lo mismo desde el lado de la puerta. Yo voy a decir que empiecen a fundir inmediatamente el oro de ahí dentro.

Y penetró en el horno.

Los «Uman» estaban allí, silenciosos, mirando al terrícola, con una clara expresión de rencor en sus rostros. Pero Arnold vio también claras muestras

de miedo y aquello le tranquilizó.

—¡A trabajar! Coged el oro necesario y empezad a fundirlo.

Obedecieron.

Poco a poco, los objetos fueron cayendo en el gran crisol y el metal empezó a fundirse.

Benson volvió a la sala.

—Fijaos bien que cuando llegue Mike empezará a abrirse paso a tiros. Ése no lo pensará tanto. Vosotros tenéis que ayudarle con el fuego de vuestros rifles.

Penetró nuevamente en el horno, siguiendo atentamente el trabajo de los «Uman».

Pero su imaginación estaba bien lejos de allí.

Pensaba en la llegada a la Tierra y en el momento en que desmontasen el transformador de energía, convirtiéndolo en un verdadero tesoro que los enriquecería definitivamente.

Después de todo habían tenido suerte.

Varias veces pasó a la estancia vecina, preguntando si había noticias de Cameron. Finalmente, cuando Patrick le llamó, corrió hacia la ventana, viendo a Mike que, con el rifle en las manos, pasaba tranquilamente por entre el gentío, que le miraba con odio.

—¡Es un valiente!

Pero dándose cuenta de que venía solo.

—¿Y el transformador? ¡Este idiota es capaz de haber fracasado!

Una rabia loca se apoderó de él.

Al entrar Cameron, avanzó amenazadoramente hacia él, con los ojos desorbitados.

—¿Qué has hecho, imbécil? ¿Y el transformador?

—No hace falta.

—¿Eh? ¿Te has vuelto loco?

—No, pero poco ha faltado.

Y después de sonreír, contó lo que había ocurrido con los «Uman» que le habían acompañado y el descubrimiento del segundo Explorador.

—¿Seguro que no has visto espejismos?

—No. Y aún más: estoy completamente convencido de que eso es obra de Ed.

—¿De Ed?

—Sí. He oído algunas cosas y sé que Marric debió ganarse la confianza de estas gentes. Seguro que lo del astrocohete es obra suya.

—¿Has visto si estaba en forma para despegar?

—Completamente. No tenemos más que subir a él y largarnos.

Una sonrisa de triunfo se pintó en el rostro de Benson.

—¡Mucho mejor! ¡Mucho mejor! exclamó, entusiasmado—. Voy a decir que hagan lingotes del oro fundido… Esperadme aquí y no dejéis de vigilar.

Pasó al taller, dirigiéndose a los «Uman»:

—¡Cambio de órdenes, amiguitos! Hay que hacer lingotes con el oro que está en el crisol.

—No se ha fundido.

—¿Qué quieres decir?

—Que algo debe funcionar mal. Ven tú mismo y compruébalo.

Benson frunció el entrecejo, pensando en las dificultades que iban a tener si debían trasladar una masa tan grande como la que contenía el gigantesco crisol, sin que se hubiese fundido y partido en trozos pequeños.

Se acercó, precedido por el «Uman».

—Puedes mirar por aquella mirilla — le dijo el Indígena.

Arnold se alejó un poco del crisol, acercándose a un dispositivo especial, dotado de algunos espejos combinados, que permitían ver el interior desde arriba.

El brillo del metal le cegó por unos instantes.

Y, en aquel momento, el «Uman» hizo un gesto y otro que estaba al lado contrario manejó diestramente una palanca, haciendo que el colosal crisol se inclinase velozmente hacia el lugar donde se encontraba Benson.

Su alarido murió apenas nacido.

Una masa líquida humeante, como lava dorada, cayó sobra él, envolviéndole tan rápidamente que no tuvo tiempo ni de caer, quedando allí, en pie, velozmente solidificado.

Fue entonces cuando Mike entró, curioso por ver lo que ocurría y cómo iban las cosas en el taller.

Éste estaba completamente vacío.

No tardó en darse cuenta de que los «Uman» habían huido por una estrecha ventana que había al fondo. Pero no vio a su camarada.

—¡Arnold! — llamó.

Luego, al retroceder hacia el crisol, vio aquella especie de rudimentaria estatua dorada, de la que sobresalía la forma tosca del rifle y un estremecimiento le recorrió el cuerpo, al tiempo que lanzaba un grito de horror.

Los otros dos, alarmados por aquel rugido, penetraron en el taller.

—¿Qué pasa? — inquirió Dewey.

Pero no hizo falta que Cameron contestase.

Siguiendo la mirada aterrorizada de sus ojos saltones, los otros dos contemplaron la estatua que, en aquellos momentos, tenía el espantoso valor de un alucinante símbolo.

—¡Lo han convertido en oro!

Hardy temblaba do pies a cabeza.

—¡Es el castigo por nuestra ambición! ¡Yo le avisé, pero no me hizo caso!

Permanecieron largo tiempo en silencio.

—Tenemos que huir de aquí — musitó Dewey.

Aunque ninguno de los otros dos dijo nada, estaban íntimamente de acuerdo con su compañero.

Lentamente, con los rifles apretados entre los dedos, se dirigieron hacia la puerta. Mike fue el primero en llegar, viendo que el gentío seguía allí, inmóvil y compacto como si estuviese compuesto de seres de piedra.

—Nunca lo lograremos — dijo.

—Hay que intentarlo — sugirió Cameron —. Yo he venido hasta aquí y nadie me ha molestado.

—Porque deseaban que cayeses en el cepo donde están amos nosotros — repuso Hardy—. Estamos perdidos.

—¡Lo veremos!

Y Mike salió.

Las primeras filas se abrieron, dejándole un paso.

Confiados, los otros dos imitaron a Mike, pegándose a él. La gente se iba retirando, pero Dewey, que iba el último, se dio cuenta de que el gentío se cerraba estrechamente tras ellos.

Poco a poco, Mike se percató de que los «Uman» se retiraban más a desgana, teniendo que empezar a dar empujones y golpes con el rifle. La masa se volvía más densa, menos obediente, y una especie de rugido monstruoso empezó a brotar de los miles de gargantas allí congregadas.

Era como si se encontrasen en medio de un mar humano, cuyo oleaje aumentase por momentos, haciéndose más denso cada vez.

La calva de Mike empezó a cubrirse de un sudor frío.

Muchas veces, casi levantó el arma para disparar, pero se daba cuenta de que no iba a conseguir nada práctico y que cientos de manos le arrancarían el rifle apenas lo hubiese usado.

El terror se apoderó de los terrícolas.

Por eso Hardy, cuyo pánico era indecible, empezó a gritar:

—¡No nos llevarnos nada vuestro! ¡Hemos dejado el oro en el taller! ¡Dejadnos pasar!

—¡Eso es!—le imitó pronto Dewey—. ¡No nos llevamos nada!

Mike era incapaz de decir nada.

La presión fue aumentando…

Hasta que la masa de gente se cerró definitivamente, negándoles el paso.

Lo demás fue tremendamente breve.

Los rifles les fueron arrancados violentamente y cien, mil, diez mil manos se tendieron, convulsivamente, para destrozar aquellos cuerpos, aquellas odiosas criaturas que habían despertado en ellos ancestrales instintos que ahora ya eran incapaces de dominar.

EPÍLOGO

El avión se posó al otro lado de las colinas, penetrando, bajo la experta mano de Ed, en el reducto de la gruta.

El nuevo Alman le acompañaba.

Una vez descendieron del aparato, el «Uman» posó una mano sobre el hombro del terrícola.

—Cree que lo siento muy sinceramente.

—¿El qué?

—Que te vayas. Alguna vez comprenderás el error de abandonar un mundo como Pantar donde, a pesar de lo que has dicho allí, se ha conseguido algo verdaderamente hermoso.

Marric sonrió, tristemente.

—No discutamos más de eso, amigo. Ya os he dicho lo que pensaba… Estas criaturas del Continente Antiguo no son humanas y no lo serán hasta que no les devolváis la libertad.

—¿Para qué la necesitan, si son felices?

—Es una felicidad ficticia, anodina, sin esencia propia.

Habían llegado a la puerta y el Alman la abrió con las llaves que habían recogido del cuerpo del Alman anterior.

Un rugido colosal llegó hasta ellos.

—¿Qué es eso?—inquirió el «Uman».

Ed no contestó.

Abriendo el estuche de los gemelos, los enfocó hacia la ciudad, viendo a sus habitantes corriendo por las calles, arrastrando los cuerpos de los astronautas y lanzando roncos gritos, mientras algunos empuñaban los rifles capturados a los terrícolas.

Sin decir nada, pasó los prismáticos al «Uman».

Éste se puso mortalmente pálido al contemplar las escenas que la óptica colocaba en una falsa proximidad; después, devolviendo el aparato:

—Creo que tenías razón. Pero es doloroso ver la manera como han vuelto a la libertad.

—Todos los cambios son dolorosos, amigo mío.

Y éste, especialmente, debía serlo más. Debes volver a «At-Kemón».

—¿Por qué?

—Porque tu misión ha terminado aquí.

—No lo creo. Ellos me recordarán y respetarán.

—¡No hagas locuras! El mal se ha apoderado de ellos, aunque no tardará en empezar a ser vencido por el bien. Por el momento, la furia los domina, pero ya ves que no se hacen daño los unos a los otros. Han matado a mis camaradas, que para ellos significaban lo extraño, lo enemigo. Y harían igual contigo.

»Deja que se serenen. Poco a poco, el mal y el bien tomarán cauces distintos y ellos empezarán a comprender dónde está el uno y el otro. Seguirá habiendo «Uman» malos, pero los buenos no quedarán ociosos y una lucha humana, libre, hermosa, se entablará entre ambos.

—¡Yo no puedo abandonarles!

—No lo están, Alman. Su libre albedrío les guiará mucho mejor que tus inútiles consejos.

—¡Voy a comprobarlo!

Y Ed no pudo hacer nada por impedirlo.

Él también marcho hacia la ciudad, pero por camino distinto, con intenciones concretas. Ahora se encontraba en su ambiente, sabiendo que podía usar la violencia si era necesario, ya que estaba dispuesto a conseguir sus propósitos, costase lo que costase.

Llegaba a la altura de una de las colinas vecinas ya a la ciudad, cuando, desde allí arriba, vio al Alman al que ya rodeaba una turba rugiente.

No quiso ver más.

Le parecía sentir la extraña emoción de estar asistiendo al nacimiento de un nuevo mundo y deseaba, de todo corazón, que aquella fase previa, repleta de violencia, dejase paso a la que naturalmente habría de seguir: un período de calma, de cristalización, en la que los «Uman» se encontrasen a sí mismos.

Siguió cuidadosamente el camino que se había trazado, caminando por lugares en los que le fuese posible mantenerse oculto. Luego, al encontrarse ya cerca de las primeras casas de la ciudad, juzgó más prudente esperar la llegada de la noche.

Cuando la oscuridad le envolvió, salió del escondite donde había permanecido pacientemente todo el día, penetrando por las calles y marchando siempre por la zona de las sombras. Todo iba bien hasta que, de repente, tropezó, sin saber cómo, con un «Uman» que, para el colmo de las desdichas, llevaba uno de los rifles.

La reacción de Ed fue verdaderamente instantánea.

Tuvo la ventaja de que, mientras él iba preparado a cualquier eventualidad, el «Uman» caminaba tranquilamente, seguro de haber terminado con todos los enemigos de su pueblo.

Por eso, a pesar de su inferioridad, Marric logró golpear a su contrario dejándolo sin sentido. No quiso, por eso, confiar demasiado en su suerte y

utilizando las vestiduras del «Uman», lo ató y amordazó sólidamente, encerrándolo en un jardín vecino, lejos de la luz que los frutos luminosos de los árboles lanzaban sobre las calles.

Prosiguió su camino.

Ahora iba armado, aunque deseaba no tener que emplear el rifle. Así, tan cautelosamente como antes, llegó a la casa que buscaba, penetrando por la puerta del jardín y avanzando hacia el interior.

Ella estaba allí, en la estancia principal.

Por suerte, sus familiares se habían unido a las turbas que, alegremente, celebraban su triunfo recorriendo las calles.

—¡Ymila! —llamó.

Ella levantó la mirada, clavando la pureza de sus ojos en los de él.

—Ymila.

Se acercó a ella y le tendió las manos, siguiendo la costumbre de los «Uman», que así solicitaban la amistad.

Ella tendió las suyas.

—Vamos.

No dijeron nada durante el transcurso del camino que, por calles secundarias, les llevó hasta fuera de la ciudad. Después, ya en el bosque, él pasó uno de sus brazos por la cintura de ella.

—¿Sabes que voy a llevarte conmigo?

—Sí. Te esperaba.

—¿Te dijeron que Ymar había muerto?

—No, pero yo lo sabía. Lo leí en los ojos del Alman…

—También ha muerto.

—¿Se ha de ser cruel para ser humano, Ed? ¿Se ha de matar para serlo?

—Es algo difícil de explicar, pequeña. Quizá sea, en un principio, necesario todo eso… Es algo que, por el momento, no puedes comprender: la vida.

—Yo creí siempre que la vida era la nuestra, la de los «Uman».

—No, Ymar. Aquello no era vida… Porque alguien había traicionado su sentido. Y aunque no lo hizo con malas intenciones, se tomó prerrogativas que no le pertenecían. Los seres de «At-Kemón» pecaron por orgullo, tomándose por demiurgos.

—¿Crees, entonces, que fracasaron?

—Sí. Como fracasará siempre el hombre que se empeñe en remedar las leyes de la Creación. Pueden, en ciertos momentos, parecerle crueles y hasta terribles, pero ellas poseen un verdadero sentido que se nos escapa… La vida fue hecha así y nosotros no somos nadie para intentar modificarla.

—¿Es un error no desear la violencia?

—Sí y no… Hacerla desterrar entre los humanos es un deber, Ymila; pero

desear arrancarla de la vida es un error tremendo. Porque la violencia no es tal cuando está guiada por el instinto: es su ley fundamental.

—No te entiendo.

—¿Por qué ha de matar el carnívoro para alimentarse? ¿Hay maldad en un acto que le dictan sus instintos?

—No.

—Nosotros podemos considerar eso como maldad, crueldad o violencia; pero las leyes de la vida no opinan así.

—Los «Uman» han matado… y no son animales.

—Lo son, en cierto modo. Y es precisamente por eso por lo que han matado. Ahora ya saben que eso es malo, pero no ignoran tampoco que pueden hacerlo: se les ha enseñado el mal y ellos han de esforzarse por no hacerlo.

Hubo una nueva pausa.

—¿Tu mundo es así, Ed?

—Sí. Es un mundo donde lo bueno y lo malo luchan desde el principio del tiempo; pero no temas, querida… El hombre empieza a darse cuenta de lo estúpido que es servir al mal. Poco a poco, a través de muchas dolorosas experiencias, nos hemos ido percatando de que el bien es nuestro verdadero camino.

»Hay hombres que todavía no lo creen y se dejan arrastrar por la ambición, la maldad, la perversidad… Pero van siendo los menos. La gente gusta del bien y lo demuestra en muchísimas ocasiones.

Eso es, precisamente, lo que de más valor se ha conseguido.

Habían llegado junto a las astronaves.

—Ahora — dijo él — vamos a hacer un largo viaje. Podré, hasta que lleguemos a la Tierra, explicarte un poco nuestra historia, la historia del hombre que, como verás, se diferencia poco de uno a otro planeta. Puede haber diferencias que, aparentemente, parezcan enormes; pero, en el fondo, todo es semejante.

»Allá donde hay un hombre hay amor, odio, pasión, despecho, paciencia, caridad. Son como sus esencias principales. Y, por encima de ellas, dominándolas desde una altura infinita, se halla su libre albedrío, el motor de su alma, el mentor de su espíritu.

»¿Qué importa que la lucha sea ardua, larga y dolorosa… ?

»Es un camino lleno de ronces y espinas, Ymila: pero, a pesar de todo, un camino magnífico que ha de llevarnos a conseguir que el hombre, con minúscula, merezca su verdadero nombre: el de ser, sencillamente eso: un Hombre.


FIN

Primera jugada…

Segunda jugada…

Las «blancas» aquellos seres procedentes de una lejana galaxia, llevaban las de ganar.

"JAQUE MATE"

La garra de Omk, su jefe, se apoderó de la pieza con la que se proponía aplastar a sus adversarios, los terrestres.

"JAQUE MATE"

Pero en aquel momento Fronsard, el jugador del bando contrario, levanto otra pieza y dio…

"JAQUE MATE"

Una novela sensacional escrita por un autor sensacional: LAW SPACE.

COLECCION

DOCUMENTALES – DEL MUNDO



¡ENTÉRESE USTED, EN FORMA AMENA Y AGRÁDABLE, DEL VERDADERO, CÓMO Y PORQUÉ DE LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS MUNDÍALES!

SEPA USTED EXPONER LOS AUTENTICOS MOTIVOS DE TAN IMPORTAN-TES SÚCESOS CUANDO HABLE DE ELLO CON SUS AMISTADES.

¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS LIBROS!

El Japón en la era americana
Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los alemanes!

Formosa, las tentaciones de la guerra
Por FERNAND GIG0N

¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek,
frente a unos poderosos, intereses!

¡MAS DE 200 PAGINAS CADA VOLUMEN, DE ELLAS 40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL CUCHÉ. FORMATO 18x24, ESPLÉDIDAMENTE PRESENTADOS, CON SOBRECUBIERTAS EN COLOR!

¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo 50 pesetas ejemplar



Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas…

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares…

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera…

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero…

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

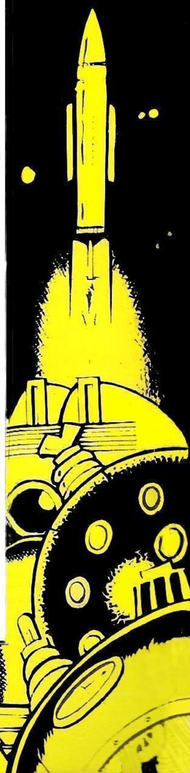
Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

137. — El planeta de los hombres de oro. — *Clark Carrados*.
138. — Locura espacial. — *H. S. Thels*.
139. — Mundo de paz. — *Clark Carrados*.
140. — El fin del mundo. — *Law Space*.
141. — El gran peligro. — *Roy Silverton*.
142. — Espía de Sirio. — *Clark Carrados*.
143.— Yo, el monstruo — *Johnny Garland*
144.— La reina de las estrellas — *Clark Carrados*
145.— La venganza del cerebro — *Law Space*
146.— El mito de Fausto — *H.S. Thels*
147.— ¡Estaban con nosotros! — *Law Space*
148.— El fin de Lemuria — *H.S. Thels*
149.— ¡Hola, terrícola! — *Law Space*
150.— Ventana al futuro — *Clark Carrados*
151.— Mundo hostil — *H.S. Thels*
152.— Jaque mate — *Law Space*
153.— La ciudad monstruosa — *H.S. Thels*
154.— Parásitos cósmicos — *Law Space*
155.— El principio del edén — *Clark Carrados*
156.— El tirano del universo — *Johnny Garland*
157.— Lobos del espacio — *Clark Carrados*
158.— Los últimos selenitas — *Roy Silverton*
159.— Cárcel de acero — *Clark Carrados*
160.— Supervivientes — *Law Space*





Escena de la película LOS PUENTES DE TOKO-RI, de Paramount Pictures

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 8 pesos

Notas

[←1]

«C» es la velocidad límite, igual a la de la luz

[←2]

Una velocidad espacial de «un día-luz» a la hora equivale, aproximadamente, a unos 25.000 millones de quilómetros.

[←3]

Es evidente que sin la Polar, que marca el norte en nuestro Sistema, ha de buscarse otra estrella para orientarse, sin que el nuevo norte tenga otra significación que la que los hombres le den, puramente convencional.

[←4]

Juego de palabras, sirviéndose de la etimología. En efecto, paraíso proviene del latín «paradisus» y este del griego «paradisos», significando un lugar amenísimo; pero la verdadera etimología viene del persa «faradaiça», que significa, literalmente, ««jardín». (N. del E.)